

Caracas Pueblo

MALÚ RENGIFO





Caracas Pueblo

Malú Rengifo

Caracas Pueblo

2.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

© **Malú Rengifo**

© **Fundación Editorial El perro y la rana**, 2017 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Edición: Yanuva León

Corrección: Ybory Bermúdez / Yanuva León

Diagramación: Hernán Rivera

Ilustraciones: Óscar Hernández

Hecho el Depósito de Ley

ISBN 978-980-14-4779-5

Depósito legal:DC2021000810

Agradecimientos

*A Reinaldo, Giordana y Yanuva, en ese orden porque así fue
que me dieron una mano.*

A José Ángel, por los miles de empujones.

*A todas las personas que dieron sus testimonios para estas
páginas.*

Y a mi ciudad pueblo, por resistir y cobijarnos siempre a todos.

Inventamos o erramos

SIMÓN RODRÍGUEZ

*A ti, ciudad de los antiguos techos rojos,
la sangre te bajó de la cabeza al corazón.
Colmena de cemento de una rara belleza,
vallecito sin dueño,
ciudad pueblo.*

M. R.

Introducción

Esta es una larga historia que no acaba. En sus inicios, vivían en esta tierra cunaguaros, venados y caribes, los hombres y mujeres que brotaron del valle y vivían a plenitud entre ritos y mitos ancestrales que hablaban de su historia, hasta que una reina ajena que jamás vino mandó a sus delincuentes a secuestrarlo todo y a tomar para sí lo más valioso.

Y se erigieron templos en honor a unos santos que no hablaban el idioma nativo, y quemaron las plantas más sagradas del valle de la “muy noble y leal ciudad” que albergó a la Capitanía General de Venezuela, y trajeron esclavos inocentes de lugares remotos que también habían sido arrancados de sus tierras con propósitos crueles, y estos, a su vez, se trajeron su historia y sus costumbres, y todo se mezcló. Lo blanco, lo negro, lo rojo, las cuerdas y el tambor con las maracas. Se construyeron barrios habitados por blancos de segundo orden que también fueron serviles a los amos del valle. Se transformó a Caracas en la cuna de riquezas del mantuano, el dueño de la tierra y de los mestizos que nacieron bajo la sombra de muros, cafetales y tierras de cacao. Y en pocos siglos se gestó gente de todos los colores, que llevaba en su sangre la rabia añeja del desarraigo y el sometimiento. Y muchísimos serviles se arrancaron las cadenas, y un esbirro tras otro fueron cayendo golpeados por mil revoluciones diminutas que exigían respeto y libertad para este pueblo grande.

Pero ni toda la rabia de los sometidos pudo impedir que, luego de la liberación de los esclavos, nuevas formas de dominación se hicieran cargo de poner en su lugar a cada quien en aquella Caracas

que ya desde muy joven había alimentado la aparición del crimen a fuerza de desigualdades y maltratos. En el centro de la ciudad, la esquina Peligro lleva ese nombre por los múltiples asaltos que ya en el siglo XIX se daban en la zona, y muy cerca, en la esquina Pele el Ojo, un creativo mercader abrió un negocio cuyo nombre avisaba al transeúnte la suma precaución que debía tener al andar por el lugar: Pele el ojo al peligro. No pasaría mucho tiempo antes de que el riesgo de transitar las calles de Caracas fuera utilizado como arma para el control de los otros, y no justamente por parte de los delincuentes, sino de gobernantes y aristócratas, a quienes les salía más barato encerrar al caraqueño en su rancho, convencido de salir solamente a trabajar por unas pocas monedas, que generar el clima de prosperidad necesario para construir una ciudad dada a la convivencia en paz.

Múltiples pestes diezmaron al pueblo caraqueño muchas veces. A inicios del siglo XX las condiciones de insalubridad, la pobreza y el hambre figuraban como consecuencia inmediata de una libertad ganada a machetazos y fusil, para luego convertirse en yugo de quienes no tuvieron nunca más la oportunidad de vivir con dignidad.

El gomecismo fustigó con fiereza todo mínimo intento de emancipación. Teatros, plazas y paseos se reservaron para las gentes dignas de ese entonces. Luego llegó el petróleo, y con él una cascada de dinero, que bien fue utilizado chorro a chorro para la construcción de grandes avenidas, monumentos y mansiones, pero aquel oro negro no parecía tener propósito alguno de darle sustento y beneficio al pueblo pobre caraqueño, ni al que se vio forzado a migrar del campo a la ciudad en la búsqueda de un futuro mejor, o al menos de la arepa.

La Caracas de mitad del siglo XX fue recinto del derroche y la opulencia por un lado, del dolor y la miseria por el otro, de la muerte y de la desaparición del pensamiento. Los mismos cerros que otrora se vistieron de conuco, se tornaron reducto de superpoblación y de penuria. El capitalismo desapareció hasta el último yucal originario y el último de los remedios naturales, bajó al campesino de los alrededores de la ciudad y lo hizo trabajar en la construcción de espacios de los que quedaría excluido. Las mujeres se dieron a la limpieza de casas que nunca eran las suyas, y perdone usted si siente que estoy siendo excesiva en el recuento de una historia terrible repasada ya

mil veces, pero el pasado existe solamente en la medida en que se guarda su memoria, y si se olvida, el riesgo de repetir las tempestades se multiplica de forma exponencial. Caracas es, no me canso de decirlo, el resultado de muchos dolores juntos, traiciones a la patria y ojos cerrados ante el dolor ajeno. Todo ápice de corrupción actual no viene dado por el capricho espontáneo de burócratas y demagogos, sino por el bagaje cultural que nos construye, luego de siglos de éxito exclusivo para quien atropelló a sus coterráneos... y pese a todo lo anterior, la alegría de este pueblo, la inventiva, la honestidad de la gente sencilla, la lealtad al hermano y la dureza de esos lomos acostumbrados al trabajo duro no se han hecho esperar jamás.

Luce Caracas la infraestructura de una ciudad improvisada. Construida a medias una vez, a tercios la siguiente, llena de parches, transformaciones repentinas, golpeada por terremotos en múltiples ocasiones y vuelta a levantar como se pudo y con lo que se pudo. Vendidos sus terrenos más valiosos a los postores menos respetuosos del espacio común y del verdor. Una colmena de concreto y asfalto de crecimiento irregular y caprichoso con un centro que hace siglos fue solar para los ricos, en los tiempos de la Cuarta República, guarida de malhechores y territorio sin ley, y que hoy se configura como el sitio para el encuentro que siempre tuvo que haber sido, en el que se camina con tranquilidad y se merienda contemplando la estatua de Bolívar sin miedos ni rechazos: un lugar cálido donde cabemos todos. A las afueras del municipio Libertador, una Caracas más reciente y comercial es habitada por familias de todas las clases sociales existentes. Enormes barriadas resultantes del éxodo rural sirvieron para esconder todo el analfabetismo y la tristeza que ningún gobernante fue capaz de atender antes de Chávez. A esos espacios hoy pugna la Revolución por permear de cultura patria y bienestar, y a pesar de haber logrado ya muchísimos avances, tal cambio de conciencia es tarea difícil tras toda la injusticia que hace callo en el corazón del caraqueño antiguamente invisible.

Muy cerca de los anárquicos cordones marginales, existen limpias urbanizaciones habitadas por esa clase media que se encierra en sus onerosas pajareras gigantes, soñando con una peste que vuelva a diezmar al pobre constructor del sueño ajeno.

Y así, buscándose un lugar en este espacio, se encuentra el caraqueño resistente, el hombre y la mujer anónimos que, sin rencores ni prejuicios, rescatan de los escombros del olvido el sueño libertario y el deseo de vida alegre, abrazan su identidad capitalina, de nacimiento o adoptada con los años, y se aventuran a recorrer a pie las calles, conocer al vecino, proponer el trabajo y el pensamiento libre, vivir una vida diferente a la impuesta por la lógica de la compraventa.

De esta lucha se tratan las páginas a continuación. Gente diferente, veteranas maestras, los ricos sin dinero: héroes a escala local. Y aunque el intento por proponer un libro cuidadoso y metódico fue sincero, no hay caraqueño alguno que no se preste de vez en cuando a la tentación de improvisar un poco, y como yo soy muy caraqueña, y como quise retratar la ciudad real de los parches, la sandunga y el reciclaje de las edificaciones, no pude otra cosa que construir un libro igualito a esta urbe que transito cada día, y me excuso nuevamente si pareciera por momentos que es este más un tributo a la diversidad de acontecimientos que se dan en una ciudad, cimarrona a la que nadie le ha podido poner las riendas por completo, que un estudio antropológico que proponga una ciudad mejor: la palabra ciudad nos remite a un centro de gran tamaño, poblado, cuyas actividades principales son la industria y el comercio; la palabra pueblo, a su vez, es referencia para un espacio más pequeño, dedicado a la producción de las materias primas, o al grupo de personas que habitan una región determinada. En la Caracas actual hay mucho de todo lo anterior, y es por eso que las páginas a continuación no son un minucioso registro de la metrópoli, sus luces, automóviles y monumentos, ni una descripción estrafalaria de la arquitectura de sus plazas. *Caracas Pueblo* es un humilde amasijo de historias sobre lugares, personas, costumbres y curiosidades pequeñas que de no registrarse quedarían enterradas bajo los escombros de la próxima demolición.

M.R.

Carlos Sánchez, creador en las veredas de Catia

En la urbanización Urdaneta de Catia sobreviven escondidas varias vereditas de casas grandes con patio y todo. Un jardín maravilloso se asoma, deseoso de expandirse, por la verja de una casa donde vive uno de esos hombres que afirman haber hecho de todo durante su vida. Algo bueno debe tener para contar don Carlos Sánchez.

Se autodenomina un creador eterno. Nació en 1937 en algún lugar entre Altagracia y La Pastora, y fue fundador del barrio El Retiro, cerca de San José del Ávila, donde creció haciendo papagayos, carretillas, perinolas y yoyos, construyendo gurrufíos con chapas y afilándoles los bordes (gurrufíos de competencia que usaba para hacer apuestas con los otros niños del barrio). “En aquel entonces estaba de moda hacer los famosos palos para atrapar las chicharras con un perol, yo hice bastantes de esos”, rememora narrando los tiempos de una infancia suficientemente libre para inventar sus propias y auténticas formas de recreación-aprendizaje: “Desde niño soy ateo, nadie me lo impuso, yo lo decidí, pero mi mamá era creyente. Entonces en la escuela, a la hora de la catequesis a mí me mandaban para atrás, y yo me ponía a dibujar, esa es otra inquietud artística que siempre he tenido y bastante la he explorado”.

Como muchos caraqueños de la época, movido por la realidad que se vivía en las zonas populares y por un pensamiento de izquierda que lo permeó desde el vientre de una mujer que había estado “metida en la candela desde joven”, ingresó desde temprano a la discusión política. A los 12 años comenzó a interrumpir el juego y la creación para ayudar a su madre, Carmen Sánchez (quien llegó a

llevar alimentos al poeta Darío Lancini a la Cárcel Modelo durante su encarcelamiento por la dictadura militar), a repartir ejemplares de *Tribuna Popular*, la publicación del Partido Comunista de Venezuela. Tiempo más tarde, ya finalizado el régimen de Marcos Pérez Jiménez, se vería enfrentado, como muchísimos otros luchadores sociales, al alto precio que en aquella época debía pagar todo aquel que se atreviera a confabular (porque así se le llamaba a la acción de organizarse para soñar un país justo) contra los desmanes de una república dirigida por ilustrísimos señores a quienes el pueblo les importaba incluso menos que la patria.

En 1961, tras la invasión de Bahía de Cochinos, Carlos Sánchez fue delatado ante la Digepol por una transeúnte de derecha que lo vio repartiendo panfletos. Aquella primera vez, contó el hombre con la buena voluntad de unos efectivos policiales que apenas lo sometieron al cansancio de pasar tres días enteros parado frente a una pared, y quince días encerrado, con sus correspondientes maltratos, golpes y humillaciones. Más tarde, en 1963, volvería a ser capturado *in fraganti* durante una operación del Partido Comunista, un día en el que la suerte no le acompañó del mismo modo: un golpe con la culata de la metralla policial le fracturó la parte del cráneo que queda detrás de la oreja derecha, lastimándole un nervio y ocasionándole el desarrollo de una parálisis facial que lo acompañó por el resto de la vida. “Por eso yo no les creo a los que denuncian ahorita que en este país no hay derechos humanos, porque ellos no vivieron esas épocas en las que aquí no había derecho a la defensa, y uno no podía salir cansado del trabajo y pararse frente a una plaza a esperar un carro porque venía la policía y te llevaba, y te castigaba soltándote a las tres de la mañana por ahí para que uno viera cómo se iba a ir a su casa a esa hora”.

Durante 25 años Carlos Sánchez trabajó en la Universidad Central de Venezuela, como parte del equipo fundador de la actual Facultad de Ciencias, donde se formó como taxidermista haciendo modelos anatómicos de diferentes especies de animales para la Escuela de Biología. Aquel tiempo en la UCV le permitió ser testigo de la reforma universitaria, las protestas para reclamar mejoras, los allanamientos y las múltiples huelgas que, para aquellos tiempos, el personal universitario realizaba del mismo modo que usted ve suceder actualmente, pero con una diferencia sustancial: en contraposición a las cómodas

y bien financiadas huelgas que se dan espacio actualmente dentro de la Universidad Central, quienes en esa época se decidían a realizar un paro lo hacían sabiendo que podrían pasar varios meses sin cobrar un solo centavo de sus salarios, y hasta sabiendo que cada breve estadía en la universidad podría significar la muerte: “La gente habla mucho de Pérez Jiménez, pero la represión nunca fue tan terrible como en la Cuarta República. Por esos años la Guardia Nacional estaba, por orden de Rafael Caldera, dentro de la universidad, y aquello era de terror, si te agarraba una redada podía desaparecerte. Igual el 27 de febrero: la represión fue fea. Nos montaron en el techo de esta casa dos guardias que disparaban desde aquí, y en la otra vereda una señora se asomó un momento y la mataron”.

De cuatrero comunista, a fabricante de cuatros

Pero volvamos al tema que nos compete: los mil y un oficios en los que se ha desarrollado Carlos Sánchez en su vida. Enumeremos: dibujante, juguetero y taxidermista. Vamos bien en lo que respecta a verificar la veracidad de esa máxima: “Yo he hecho de todo”.

Tras su jubilación como empleado universitario, Sánchez se refugió en la talla de madera para seguir explorando sus inquietudes artísticas. El resultado de ello fue una colección de lustrosas esculturas que representan figuras femeninas en distintas posiciones, de una belleza y delicadeza tal que incluso fueron expuestas junto a las pinturas de otro artista, en una exposición dentro de la Facultad de Ingeniería de la universidad: “La esposa de un embajador de Polonia se enamoró de ellas durante la exposición, ¡se las quería llevar, se ofreció a comprármelas! Pero son mis mujeres y yo no quise salir de ellas”.

En la estudiantina universitaria tocó mandolina, y su inquietud por la música le llevó, entre otras cosas, a componer una pieza musical que figura entre su lista de grandes satisfacciones vitales. Para este punto de la entrevista ya debería estar usted convencido de que, en efecto, Carlos Sánchez ha hecho de todo en su vida, y es entonces cuando yo me saco de la manga un dato que terminará de dejarle boquiabierto: en 2008, una vez Sánchez hubo explorado suficientemente sus inclinaciones musicales, se sintió atraído por la idea de fabricar su propio cuatro. Su hijo, Daniel Sánchez Martínez, se

enteró de la apertura de un curso de fabricación de instrumentos en la Universidad Bolivariana de Venezuela, y apenas fue necesario que se lo mencionara a don Carlos para que este, que ya había hecho de todo, menos eso, se abocara a aprender con detalle la fabricación de instrumentos musicales.

Durante 3 años, a falta de un espacio propio y herramientas para el oficio, estuvo trabajando dentro del taller de la UBV, puliendo su trabajo como creador de instrumentos. La experiencia de haber llevado a buen término la realización de numerosos cuatros y mandolinas le hace saber que “la parte emocionante de hacer un instrumento es cuando tú lo terminas, descubrir cómo te va a sonar”. Hoy, en la parte superior de su modesta casa, vibran las cuerdas de instrumentos terminados en su propio taller, con un nivel de detalle que los ubican en la categoría de objetos de arte, más que de piezas utilitarias. En el taller del Carlos Sánchez, que se reinventó en lutier, nacen con frecuencia piezas cuyas curvas, materiales y detalles no tienen nada que envidiarles a las impecables mujeres de madera que enamoraron a la esposa del embajador de Polonia hace algún tiempo.

“En Guantánamo hay un cuatro hecho por mí”, cuenta, recordando la historia de un representante de la Misión Cultura Corazón Adentro que se enamoró de nuestro más célebre instrumento musical y se ganó la gracia de este artista que le fabricó uno para que se llevara a su país al momento del regreso. Revisando los limpios acabados de un cuatro especial, por haber sido realizado con una lámina de caoba que se encontró en un basurero local, Carlos suelta un dato que sirve de analogía entre la obra y el creador: él, con su figura delgada, su abundante cabellera, y sus gestos de asombro por las cosas más sencillas de la vida (como la pareja de pajaritos que le visitan el jardín de cactus de colores cada día, y a quienes les fabricó una *suite* especial en las alturas, siempre provista de agua y alpiste suficiente para toda una bandada de aves), a simple vista y pese a la parálisis que le entumece medio rostro, da la sensación de ser un muchacho al que poco le horadó el paso del tiempo. Es en sí mismo, como él dice que debería ser un buen cuatro: “Tan bonito por dentro como se ve por fuera”.

Palisandro, caoba, hueso, ébano. Puro material noble para la noble labor de construir un instrumento musical con las manos, y

muchos de ellos los ha conseguido en vertederos de basura a los que suele visitar con cierta frecuencia, ganándose con ello que en su casa lo llamen cariñosamente “El Fospuca”.

Una deuda moral tenemos con Carlos Sánchez, “El Fospuca”

Las clavijas y otras pequeñas pero elementales partes de los instrumentos deben ser importadas, con lo cual el costo de las mismas se ha visto elevado de forma exponencial en los últimos años. Es preciso el desarrollo de una industria patria que permita el acceso a estos insumos a precios accesibles para los creadores como Sánchez, quien, además, movido por una profunda sensibilidad social, desde que aprendió el oficio de lutier figura como benefactor principal de varias agrupaciones musicales infantiles de la zona de Catia, cuyos niños llevan a remendar los instrumentos a esa sencilla casa en la vereda, donde Carlos les devuelve la lozanía sin cobrarles más que una sonrisa por el gesto.



Pablo José Acosta Ríos, la humilde despedida del soldado

Dios concede la victoria a la constancia.

BOLÍVAR, 1814

A sus 57 años, Pablo estaba muy seguro de todas las razones por las que no le gustaba hablar de “la viveza criolla”. Asociaba este término a una conducta adeca, pero más allá de las diferencias ideológicas con el término, lo divorciaba de este el hecho de que, en esencia, él mismo, pese a su agudo sentido del humor, no era ningún vivo.

En el imaginario de sus amigos y conocidos, figuraba Pablo Acosta como un ejemplar del antiguo comunista, humilde y austero, lleno de recuerdos y de glorias menudas. Pernoctaba con tres macundales en la oficina de un buen amigo. Por las noches se involucraba en contiendas digitales sobre temas políticos, y se dormía tarde, no sin antes remojar las pupilas en la imagen de su hija veinteañera, María José. Era uno de esos hombres trabajadores a los que la vida los trató con fiereza. Nunca alcanzó a terminar el liceo.

Del petróleo le molestaba su histórico uso para carburar frivolidades y no ideas. Consideraba que en Venezuela nunca se le dio la debida importancia al trabajo, y asociaba esta situación a la condición de país rentista que se mantuvo durante un siglo a fuerza de vender la negra pasta manada de la tierra y desvalorizar la fuerza de trabajo de las clases pobres.

Temprano entendió que como buhonero ganaría más dinero que ejerciendo el oficio de corrector editorial que muchos años de lectura y aprendizaje empírico le había costado llevar casi a la perfección,

pero dada su condición de hombre desapegado, se sentía más seguro realizando una labor en la que no corriera el riesgo de terminar regalándole la mercancía a quien la necesitara, como hizo toda su vida con los numerosos poemas y reflexiones que brindó siempre de manera oportuna, gratuita, y con un mínimo margen de errores gramaticales. En sus tiempos en el *Diario VEA*, pese a la presteza con que realizaba su labor de corrector (o quizá debido a ella), dejó colar un error en el título de una “Línea de Chávez” del año 2010.

Manejaba con increíble profundidad y conocimiento histórico todo lo relacionado con el tema de la Guayana Esequiba y casi cualquier asunto relacionado con política interior y exterior. También era poeta, un poeta de verdad que hasta logró publicar un poemario llamado *A pie de página*. La narrativa también se le dio de maravilla. Pero ni todo el saber y experiencia acumulados en seis décadas de vida bastaron para asegurarle el acceso a un empleo digno en el último año de su vida; eso de que pernoctaba en la oficina de un amigo no solamente es verdad, sino que fue consecuencia de una serie de tristezas laborales que incluía el haber sido violentamente atacado por un grupo de delincuentes durante lo que fue su brevísima incursión en el oficio de vigilante, intento desesperado por sobrevivir en un mundo laboral en el que, incluso en Revolución, un hombre cercano a la tercera edad pierde valor ante los responsables de las contrataciones.

El servicio militar

De la vida del camarada Acosta Ríos es poco lo que se sabe. Que vivió en Maracay y en Maracaibo antes de venir a Caracas, que llevó a María José, cuando era niña, montada sobre sus hombros, a ver al comandante Chávez, pero la historia de su servicio militar la narró con detalle solo en una ocasión:

Hice el servicio militar entre abril de 1982 y septiembre de 1983. Fui soldado de la entonces Fuerza Aérea Venezolana (FAV), destacado en la base aérea El Libertador (BAEL), en Palo Negro, Aragua. Entonces se reclutaba, les pagaban a los policías alguna cantidad por cazado para el cuartel; durante los meses de recluta cazaban a adolescentes a la salida de los cines, en las plazas, en el transporte público, por las calles, incluso en automóviles particulares. Yo le hui a eso durante 6 años, hasta que

me fastidié, y con 24 de edad me entregué en la sede de la conscripción militar de Maracay, en la avenida Las Delicias.

Gracias a mis modestas habilidades mecanográficas y multígrafas (de multígrafo) entré al cuartel de una vez como oficinista; habilidades en verdad adquiridas haciendo panfletos comunistas, que así aprendí a mecanografiar, quemar y reproducir estenciles en un multígrafo.

Recuerdo al Cristo, el primer multigrafista que conocí. Nunca supe su nombre, creo. Murió como conserje de la vieja sede del Movimiento al Socialismo (MAS), en la avenida Páez de Maracay. De esa época recuerdo también a Daniel Peña, “El Hippiie”, y a Nelson Escalona, “El Teórico”; un poquito más tarde nos reencontramos y, por alguna razón, omitimos esos recuerdos. Por supuesto, nunca olvidaré a Tirso Pinto, a quien la policía política había ametrallado en alguna esquina de Caracas, tenía siete tiros en su cuerpo; a Eloy Torres, con quien compartí varias veces en la sede del MAS en Turmero (Aragua); a Freddy Muñoz y a Argelia Laya, con quienes hicimos aquella marcha de la victoria en San Joaquín de Carabobo, porque el partido había logrado un concejal en esa jurisdicción. ¿Ya Chávez viviría allí? Creo que la marcha fue por el 78, ya no recuerdo... Recuerdo a mi altísimo pana Freddy Villalobos, junto con quien, una vez, en el bar de “Musulungo”, en Turmero, fuimos asaltados por unos carajos encorbatados y decentes. Luego del asalto, y de que el dueño de la cantina cerrara las puertas y decretara cerveza pa’ to’ el mundo, alguien dijo que los asaltantes eran comunistas, y Freddy y yo le caímos encima, retóricamente, dirimiendo un asalto revolucionario de uno de hamponato común. Eran comunistas, era la gente de Bottini Marín, que esa noche se robaron el carro del padre de la linda chica a quien yo pretendía para una acción. Bottini más tarde moriría ametrallado cerca de allí.

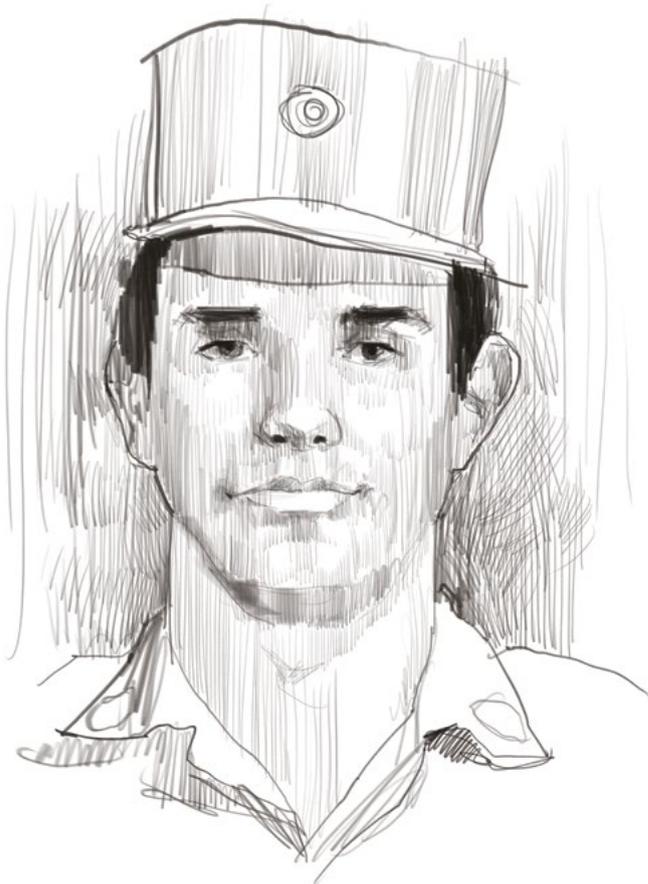
En abril de 1982 entré como recluta en la base aérea El Libertador. Mi condición de furriel u oficinista me daba ciertas ventajas, no muchas, pero válidas e importantes. Tenía a los coños sargentos y, sobre todo, a los coñísimos distinguidos aspirantes a raya: yo manejaba el rol de guardias, ergo, manejaba el rol de permisos. No siempre funcionaba.

Después de julio de 1982 comenzaron a suceder cosas extrañas. Un día me citaron a la sede de la entonces Dirección de Inteligencia Militar (DIM) en la base, que quedaba en la alcabala de entrada/salida de la misma. Ya yo era distinguido, ascenso –declaro– ganado por méritos. Un capitán de la DIM me interrogó:

- ¿Usted es comunista?
- Con su permiso, mi capitán, ¿a qué se debe esto?
- ¿Usted es comunista?
- Sí, mi capitán.
- ¿Y qué hace aquí?
- ¿Perdón?
- Tenemos información de que elementos del MAS han sido infiltrados en las Fuerzas para adquirir conocimientos militares y formar un movimiento guerrillero...
- Disculpe, mi capitán, con todo respeto. Si eso es así, yo no sé nada de eso.
- Entonces, ¿qué hace aquí? Usted tiene mucho más de 18 años. De hecho, tiene la edad apropiada para una guerrilla...
- Disculpe, mi capitán, con su permiso. La Constitución nacional dice que todos los venezolanos estamos en el deber de servir a la patria. Si la Constitución dijese que todos los venezolanos, menos los comunistas, yo no estuviese aquí. Sí, tengo 24 años, de los cuales seis estuve huyéndole a la infame recluta.
- ¡Retírese, distinguido!
- ¿Entendido, mi capitán! ¡Permiso para retirarme!

Más de 30 años después de aquel episodio, el excorrector editorial del *Diario VEA* presto seguía para aprender cuanto fuera necesario por cumplir con las demandas de un empleo que le sirviera para librarse de la angustia y el hambre. Presto estaba incluso a cambiar de ciudad (¡con cuánto gusto lo habría hecho!) con tal de mejorar el panorama. El 12 de agosto de 2015 pasó el día entero compartiendo contenidos en sus redes sociales. En los últimos 2 años se había hecho de una larga lista de nombres familiares, camaradas que le trataban con respeto y cariño, amistades antiguas, y algo mejor aún: una intensa y redescubierta cercanía con María José, que creyó haber perdido cuando la niña tenía 11 años y tuvo que separarse de ella físicamente. Así que en ese mar se sumergió Pablo aquel día, haciendo circular imágenes que hablaban de justicia, denuncias anticapitalistas, escuchando canciones de Silvio y pensando en la invitación que una buena amiga le hizo días antes para ir a vivir a la ciudad de Barinas, donde un empleo perfecto para sus habilidades lo estaba esperando, y donde se encontraría entre rostros conocidos felices de tenderle una mano. Pronto sería el viaje definitivo.

Nadie habló con Pablo aquella noche antes del segundo y último infarto de su vida (el primer centellazo lo golpeó 20 años antes). Las amigas y amigos que había hecho en sus largas noches de discusión y esperanza no supieron de su muerte hasta pasado casi un mes del hecho. No fue tendencia en las redes sociales su despedida, ni hubo obituarios en los días posteriores. Su última comunicación la hizo a través de su cuenta de Facebook, con una frase de la artista Frida Kahlo: “Tan absurdo y fugaz es nuestro paso por el mundo, que solo me deja tranquila el saber que he sido auténtica, que he logrado ser lo más parecida a mí misma que he podido”.



Zhandra Flores Esteves, una profe con conciencia de clases

Zhandra no es una *muggle*. Si habláramos en términos de castas ideológicas, hasta podría decirse que es una comunista *sangre limpia*¹. Haber crecido en un hogar formado por dos padres militantes del PCV le hace saber que tuvo privilegios y oportunidades “no materiales, pero sí simbólicas”, dice. “Cosas tan simples como admirar gente de carne y hueso en lugar de lo que propone la industria cultural gringa, o la japonesa, de la que yo soy tan fanática, pero bueno, digamos que yo tengo a los héroes de mi infancia salvaguardando mi espalda: los cosmonautas Yuri Gagarin, Valentina Tereshkova² y gente así. Digamos, esto te hace un poquito rara, ¿no?, eso dejó de estar de moda, por decirlo de algún modo, mucho tiempo antes de que yo naciera”.

Entró a la Escuela de Estadística y Ciencias Actuariales de la UCV en 1996, luego se incorporó como docente dentro de la Escuela de Comunicación Social (ECS) de la misma universidad (donde es evaluada bajo la categoría de comunista, una paria entre estudiantes y docentes de derecha), y como investigadora en la unidad de Rendimiento Humano, Deporte y Salud, donde tiene la fortuna de compartir espacio con compañeros militantes como ella. En su

-
- 1 Con el término *muggle* llaman a los personajes no-magos en la saga de libros de Harry Potter, ícono de la cultura pop que a Zhandra, nuestra profesora diferente, le gustó tanto como a mí. Los *sangre limpia* son los magos que nacen de la unión de dos magos.
 - 2 Yuri Gagarin fue el primer hombre que alcanzó el espacio exterior, en 1961. Valentina Tereshkova fue la primera mujer en alcanzar la misma meta, en 1963.

labor de docente, procura estimular al estudiantado en la búsqueda de una nueva visión de las cosas. Cree en la lucha contracultural como utopía que solo será posible a través de la construcción verdaderamente colectiva. Mientras no sea así, todo lo demás es mera patada de ahogado.

¿Zhandra, cómo salimos del sistema cultural impuesto?

Es importante precisar que posiblemente, cuando nos referimos a la contracultura en términos de una ruptura con la lógica capitalista impuesta, no podemos hablarlo desde la perspectiva de una vuelta al origen o de un rescate de lo perdido porque, dice Carlos Marx, la rueda de la historia no echa para atrás, sino que se trata fundamentalmente de construir una propuesta alternativa de aprender y de hacer la vida, porque si la cultura es todo lo que hacemos los seres humanos, es literalmente todo: cómo entendemos la vida, cómo entendemos al otro –porque no somos sin los otros–, cómo leemos nuestro propio tiempo, con las limitaciones que eso implica, porque en Caracas somos todos hijos culturales del capitalismo, esa es la primera cosa que hay que admitir.

Entonces, ¿cómo hacer la lucha contra el sistema capitalista, que es dominante y que nos atenaza desde el vientre de la madre? Lo único que se me ocurre es no caer en la misma práctica. Digamos que tengo muchas preguntas y muy pocas respuestas sobre ese tema: ¿cómo construir hegemonía cuando la única hegemonía que existe en este instante es la hegemonía del capital?, cosa que me entristece pero es abrumadoramente cierta. Entonces, si tratamos de hacer la resistencia cultural eso no puede ser individualmente o, en el ámbito de la expresión artística, como un asunto aislado. Si la cultura es todo lo que hacemos los seres humanos, el arte no puede ser un proyecto desarticulado ni despolitizado.

Pero muchos artistas han defendido su derecho a hacer arte o de hablar de una estética sin tinte político...

Incluso la negación de la política es una forma de la política. Voy a citar a Simone de Beauvoir: cuanto tú hablas de la apolitización, esa es una postura necesariamente de derecha, porque está negando las asimetrías y la propia expropiación a la que nos somete la dinámica

del capital en todas las esferas de funcionamiento de la vida humana. Entonces, si el arte es una expresión de la cultura y de la vida humana, ¿cómo podría ser ajena a la lógica de opresión que constituye el sistema mismo? La doctrina liberal diría que eso es algo que se construye libremente, como si los seres humanos nos instituyéramos sin los otros.

¿Si en un país gobernado por la izquierda hablamos del arte como un hecho inevitablemente político, podría dársele prioridad al arte con tendencia izquierdista, a tal punto que terminemos siendo la figura opresora?

No es tan simple, porque todavía el formato económico-social venezolano es capitalista. Tú puedes poner un gobierno y unos actores políticos concretos que, individualmente, estén contra el sistema, pero de todos modos estás tratando de cambiar la estructura desde el Estado, que es una institución amarrada literalmente a la lógica del capital, que hace su correlato desde el punto de vista del funcionamiento, favoreciendo la lógica de la burguesía, cuando no a la burguesía como clase concretamente. Entonces no es tan simple como que tú quieras hacer política desde allí.

¿Cómo haces para hacer una revolución desde las estructuras que se supone que tenemos que derrumbar? Y no estoy hablando de un tema de mala intención o de ausencia de compromiso de los camaradas a los que les toca estar al frente de eso, yo no estoy hablando de eso, porque no quiero que se convierta en una crítica hacia las personas concretas, porque no es así. Estoy pensando en cómo a veces tenemos una esperanza ilusa de cambiar el sistema desde el sistema mismo. Para mí es eso: una esperanza ilusa.

Háblame de la UCV, que es una universidad tan importante y tan derechista. ¿Buscan realmente sus profesores promover algún cambio de las estructuras?

Esa es una pregunta difícil de responder...

Bueno, lo primero es que, tengo que coincidir en que esta es una institución amarrada a la lógica del Estado, estamos hablando de una institución que reproduce ideológicamente el pensamiento dominante, es de las más difíciles de transformar, a tal punto que

no deba sorprendernos que este sea fundamentalmente un bastión reaccionario, es absolutamente congruente, con ese hecho queda demostrada su hegemonía, porque, mira, tú me comienzas a hablar de una institución importante, o sea, la categoría que estás recuperando es el estatus. O sea, ¿quién dice que nuestra labor es más importante que la de los campesinos?, lo digo mucho en clases y te consta, es un asunto de estatus, es lo que tú consideras más importante.

Individualmente tú puedes estar contra el sistema pero tú no te constituyes a ti mismo sin el sistema. Tú existes como revolucionario porque existe el sistema capitalista. No es suficiente la acción de una sola persona. Yo, individualmente, puedo estar contra el capitalismo, pero ¿dónde hago la vida yo?, ¿y dónde hacemos la vida todos?, ¿cómo unimos la fuerza, aun entendiéndonos dentro del capitalismo, para transformar y construir otra forma de vida?

No es desde el consenso, es más bien desde el conflicto. ¿Por qué pensar que podemos rescatar jipimente todas las manifestaciones, que todo es válido y que todos cabemos? Ese es un discurso que es incluso peligroso, porque está negando las contradicciones, está invisibilizando el antagonismo.

¿Cómo tú, si individualmente dices “yo hago contracultura”, o “mi colectivo hace contracultura”, cuando empiezas a funcionar desde la esfera del Estado y el gobierno te presta atención “apóyalo, ayúdalo, no sé qué”, no empiezas a formar parte del mismo engranaje? Todo lo que ha sido históricamente dentro del capitalismo una construcción contracultural, el propio sistema acaba absorbiéndolo y legitimándolo, sobre eso han escrito muchos teóricos, especialmente Herbert Marcuse.

¿Existe la discusión política anticapitalista dentro de la UCV?

A ver. Yo entré a la Escuela de Estadística en el año 1996, 7 años después de la caída del Muro de Berlín, se había acabado la Unión Soviética y ya ese era un pensamiento pasado de moda en esa escuela, ese fue el tiempo, digamos, de insurgencia del comandante Chávez, y yo usualmente estaba como muy aislada porque a mí me interesaban esos temas y a la gente con la que yo estudiaba no. Luego entré al centro de investigación y me encontré con que el pensamiento de izquierda no era cosa de mi casa, o de algunos amigos que hacían vida fuera de la universidad. Encontré gente que pensaba como yo y que apoyaba

el pensamiento de Chávez. También me encontré con la resistencia del modelo: la propia universidad resistiéndose a aquello que estaba sobrepasando cualquier expectativa. La universidad está en resistencia antigubernamental desde entonces, ellos dicen que es desde siempre, pero no, es desde entonces, y eso está viendo su forma terminal en este instante. Cuando yo estudiaba había un poco más de compromiso militante. ¿Hace cuánto tiempo que tú ves una protesta por algo como el aumento del pasaje?, no lo recuerdas, porque eso ya no existe, más bien hay grupos que abiertamente lo justifican. Claro, en eso influye mucho la composición de clases del estudiantado.

¿Hay una idiosincrasia ucevista?, ¿de qué se trata eso de “la composición de clases del estudiantado”?

Bueno, ser ucevista te da un superpoder, te pone por encima del resto del mundo, cosa con la que yo no estoy de acuerdo, porque si yo no vengo a trabajar yo no como. Todos los días lo pienso y tengo presente que el hecho de que yo pueda pasarme la vida acá adentro estudiando, que es una actividad privilegiada, es porque allá afuera hay otra gente haciendo un trabajo alienante pagando mi puesto de trabajo cómodo aquí, así sea mal remunerado, porque efectivamente lo es mucho. Pero yo no me tengo que matar como se mata un obrero de la construcción o un campesino que tiene que manipular venenos en una tierra que no es suya. Mucha gente aquí no está consciente de eso, así que básicamente lo primero que construye la idiosincrasia ucevista es el estatus: tú eres superior porque tú eres ucevista, tú eres “alguien”, la construcción del “alguien”, la educación como mecanismo de ascenso social. El mito del progreso es el discurso que valida la universidad: “si usted le echa pichón, usted surge”, ¿surge por encima de quién?

En términos de clases sociales en la Universidad Central más o menos entra todo todo tipo de personas. A lo que vamos es a que, antes de Chávez, la conciencia de clases de aquel que ingresaba acá era un poco distinta, porque por mucho que ingresaran jóvenes de clases muy acomodadas, ellos estudiaban con el héroe popular al lado, eso te cambia un poquito las cosas. ¡Pero, ah!, ahorita hay un problema de conciencia de clases, el estatus priva por encima de todo, y si existe alguno de esos llamados héroes populares, existe como la negación del verdadero ser popular.

Mientras en otro momento el discurso popular fue reivindicado, fue reconocido, la universidad era gratuita realmente y sentía que le debía algo a alguien, en este momento eso no es así: te hacen sentir la lógica del estatus y del privilegio de estudiar en la UCV. Yo tengo estudiantes en mis aulas que vienen de zonas populares y se expresan como mis alumnos del Country; yo puedo entender que alguien que haya crecido en una familia de la oligarquía, de la clase media, incluso de la clase media más cercana a lo popular tenga esos discursos terribles, pero es inaceptable que alguien que viene de Las Minas de Baruta, de Petare, del foco de La Bombilla, te hable en esos términos de negación de su propia identidad de clase, ese es el fenómeno realmente grave, no el de dónde provienen, sino de cuál es el discurso que identifica lo popular aquí adentro.

La universidad como institución es el más importante reproductor de ese pensamiento hegemónico, de la tecnocracia, la disociación entre lo que digo aquí adentro y lo que vivo allá afuera. El estatus de la educación como aparato de propaganda nos hace parecer que, aunque la construcción del estudiante universitario predominante en el país sea otra, el estudiante universitario es este. Así sucedió cuando el tema de las guarimbas: ellos hablaban de “los estudiantes”, cuando la mayoría de los estudiantes del país no participaba en las guarimbas, estaba en la universidad, estaba estudiando, estaba haciendo otras cosas.

Reconociendo todo el trabajo de la Revolución para la ampliación y democratización del acceso a los estudios superiores: ¿hacia dónde crees que debe mirar una educación revolucionaria?

Bueno, debo poner atención sobre cómo decir las cosas porque yo como académica no podría jamás decir que estudiar es malo, eso sería la negación de mi propia experiencia vital, pero sí hay que hacer una revisión de los “para qué”. Digo, si no nos salimos de ese modelo aspiracional del consumo y del capitalismo, terminaremos reproduciendo la experiencia de buscar ese llamado “progreso” acudiendo a las aulas de universidades que se irán convirtiendo en fábricas de profesionales como churros, sin que tengan ningún sentido real de vida. No digo que democratizar el acceso a la universidad no tenga ninguna función, sino que lo estamos amarrando a una lógica un poco perversa.

La educación liberadora de Paulo Freire es para mí una consigna. Yo no veo cómo eso esté operando en alguna parte del sistema, y no estoy hablando de las actuaciones individuales de colegas o estudiantes, sino que estoy evaluando el conjunto. La lucha contra el capitalismo no es individual, no existe un héroe mágico que por sí solo vaya a cambiarlo todo, ni siquiera Chávez. Chávez es un producto histórico de esta sociedad, no es un superhéroe que vino de otro lado a abrirnos los ojos a todos.

Claro que se ha hecho muchísimo por la educación, pero este es el momento de que nos sentemos a pensar en el para qué.

¿A quién reivindicas dentro de la universidad?

La solidaridad se manifiesta en la señora Luisa, que es la señora que viene a asear acá al instituto, ella va a Mercal y consigue un producto que no va a usar y lo trae y lo regala. O lo vende al precio que lo compró, sin ninguna calculadora que le diga cuánto vale el tiempo de una cola. Ella es el verdadero sujeto histórico de esta Revolución: es mujer, cabeza de hogar, vive en una zona popular (San Agustín) y es chavista. Ella es la persona a la que quieren quebrarle la moral, y ella está ahí, resistiendo, si hay alguien a la que joden es a ella.

Aquí en Caracas, y en todo el país, hay gente que habla de “su derecho a tener dólares”. Pero tú no ves en los medios mucha gente que hable de su derecho a tener luz o agua potable. Tú en Caracas vas por el metro y ves gente que se nota que tienen una vida sencilla, que tú no les ves apariencia de potentado, y te están hablando de raspado de cupos, de dólares, y de cosas como esas que están asociadas al pensamiento hegemónico, esa gente está reproduciendo un discurso que no es suyo, que no tiene nada que ver con su cotidianidad, y además lo ponen como algo necesario. Por eso yo reivindico a la señora Luisa.

¿Y qué iniciativa reivindicas dentro de Caracas?

Bueno, entre muchas otras cosas yo reivindico el esfuerzo de Jorge Rodríguez y de Jacqueline Faría por democratizar los espacios para el arte y el esparcimiento. Aunque aún no son espacios dados a la creación contracultural, porque seguimos reproduciendo lo impuesto:

vamos a la ópera, vemos gente que se mueve en términos de la fama, son, como sucedió con el *hip hop*, una forma de expresión que fue absorbida por el capital. Pero la cosa no es tan obvia como dedicarnos a darle el espacio al tambor y a las maracas nada más.

A mí me enorgullece la labor de los artistas que con pocos recursos logran hacer montajes tan hermosos como los festivales de ópera y todo eso, pero igual estamos reproduciendo la dominación eurocentrista. ¿Por qué gente como Gino González, o incluso gente con menor nivel de mediatización, no está presentándose en los grandes teatros? Todavía estamos sometidos a lo mediatizado, reemplazamos un tipo de figuras vitrina por nuestro propio tipo de figuras vitrina, eso todavía está pendiente.

¿Sigue reproduciendo la “Caracas pueblo” lo impuesto por el capitalismo?

La construcción cultural de la ciudad gira en torno al capitalista necesariamente. Es nuevamente el mito del progreso: aunque tú vivas en el último foquito de La Bombilla, tú vives en Caracas, y eso te da estatus. Incluso hay una subcultura del barrio que muchas veces es negada cuando el individuo tiene que incorporarse a la cultura de la ciudad y del casco urbano. Hay una distinción: estamos en la ciudad, pero no somos iguales. Lo del barrio siempre es lo popular, como si lo otro no es popular: el pueblo es cosa del pobre, y la clase popular entera nos centramos en esa distinción: “yo vivo en Sebuacán” no es lo mismo que decir “yo vivo en Cotiza”, aunque queden cerca del Ávila las dos.

La sectorización de la ciudad viene de la lógica de clases, y el capitalismo se encarga de sacar partido de eso: no es lo mismo tomarse un café en el Café Venezuela de Gradillas que en el Arábica de Los Palos Grandes, y eso es tan así que el mismo café te lo venden más caro, entonces ¿qué estás pagando? Estás pagando estatus. Lo vivimos cada día cuando un taxista no te quiere llevar a tu casa porque vives en una zona popular, cuando él también vive en una zona como la tuya, esa es la negación de nuestra condición de clase.



El Limonero de San Pablo

No sufrió el caribe alguno de los males de la viruela ni de la posterior fiebre amarilla hasta que los trajo el hombre blanco a nuestra tierra. Para finales del siglo xv, los pocos cuerpos que habían sobrevivido a la primera de las pandemias temblaban, unos de escalofrío febril y otros de pánico al contagio.

En su magnánima benevolencia, el jefe de la ciudad recurrió a la curación espiritual y, convocando a fieles blancos, esclavos y manumisos a una larga caminata, propuso sacar de la hoy desaparecida capilla de San Pablo la efigie aquella, el Nazareno, de la que se dice que una vez le habló a un hombre que luego murió del susto. La idea de la procesión era entrar en contacto con el altísimo, en cuyas manos, aseguraba el señor obispo, estaba la posibilidad de liberar a la ciudad de toda enfermedad que la aquejara.

Pasando por la esquina de Miracielos, el Nazareno se enredó con las ramas de un árbol, y estaba a punto el obispo de empezar a formar un zafarrancho cuando advirtió que un puñado de limones se desparrramaba sobre el hombre de madera, prueba incuestionable de que Dios, entre otras cosas, era una lumbrera de la medicina. “¡Tomadlos y bebed el jugo!”, habrá gritado. Y no se peló, porque cuenta la leyenda que al cabo de poco tiempo los amos se pudieron levantar de sus camas a mandar, y el resto de los mortales volvió a la faena.

Aún por estos días la historia del limonero del Señor es contada a los muchachos, y es travesura juvenil ir a arrancarle limones al árbol, que se mantiene curiosamente lozano con el pasar de los años,

sin que los regañe nadie. De una de estas aventuras se desprende la siguiente historia.

Santa Teresa curativa

“No hay un mandamiento que diga ‘no tomarás’”, pensó el joven al arrancar junto a su amiga casi una docena de limones del limonero de San Pablo para hacer unos cuba libre benditos, sin reparar en el absurdo de intentar alejarse del pecado, siendo una persona que a diario –no esta vez– exageraba o modificaba un poco las historias para hacerlas más asombrosas: el nosequantavo mandamiento echado por la borda de la mentira blanca.

Arrancaron los limones. Aquello fue por el año 2012, y el botín sirvió para agregar al *Recetario del pelabola* no solo una receta para la sección de licores, sino también para probar la fórmula del pay de limón más gratuito, apostólico y romano del mundo. Pero esta historia no se trata de lo que hizo con los limones el muchacho, sino de lo que ocurrió después con el árbol.

Un mes más tarde de los hechos volvió a la escena del crimen en busca de más limones y encontró que no había tal cosa en aquel rincón. En el lugar donde un ennegrecido y escueto árbol le había brindado limones como el más jovial y frondoso limonero del antiguo valle caraqueño, lo que halló fue un tocón y unas astillas: macabra premonición de la desgracia con la que expiaría la herejía cometida con los limones más célebres de toda la parroquia Santa Teresa.

Semanas luego regresó a la zona a diligenciar asuntos burocráticos sin mayor intención de buscar el limonero. Sucumbió, sin embargo, a sus impulsos, y convencido de que una conexión se había gestado entre él y el árbol durante aquel cóctel de limones santos mezclados con un repele de ron, que fue rendido como si fuera la sangre de Cristo, pasó a hacer control de daños. El nuevo hallazgo fue un agujero rodeado de tierra y trozos de raíces destrozadas a punta de pico y pala.

Como primera reacción ante tal escena, quiso ir directo a su encuentro con papá Dios y pedirle disculpas por haber utilizado sus limones benditos para el prosaico acto de la bebida: se lanzaría hueco abajo y sus restos mortales serían hallados en el fondo del

foso. Le emocionaba convertirse en el protagonista de otra historia de espantos caraqueños, pero encontrose ridículo al advertir que el agujero apenas superaba los ochenta centímetros de profundidad.

Sacudió la nuca para exorcizar oráculos oscuros y decidió retirarse del lugar. A fin de cuentas aquel árbol de tanto curar podría haberse contagiado de una gripe maligna de esas que están dando ahora, o quizá se había muerto de muerte natural tras 400 años de servicio. En adelante, temeroso del castigo divino, el muchacho evitaría visitar el lugar donde había muerto el árbol, y fue tan así que no volvió sino hasta un año más tarde, cuando el tiempo y algún amoroso jardinero habían dado lugar a la resurrección: un joven árbol de limones-fénix figura detrás de los barrotes de la celda que rodeaba al limonero del Señor, como si fuera posible que este se escapara.

Son estos los días en que el pelabola aún se pregunta si todo es una mentira: ¿será “el limonero que cura” un vegetal forastero que reemplazó al limonero original para mantener vivo un cuento? No tendría nada de malo el reemplazo siempre y cuando el nuevo limonero haya sido producto de la germinación de una semilla sacada de uno de los frutos del árbol padre.

Quizá también haya un árbol abuelo. Y hasta árboles genealógicos de árboles de limón que curan enfermedades.

La parroquia Santa Teresa podría sanar milagrosamente a cuanta persona enferma anduviera padeciendo por ahí. Si alguna vez fue cierta la historia de aquel limonero que sanaba a la gente, quizá sería bueno comenzar a orar porque se mantenga vivo su linaje.

Amén.

El entierro de la calle Baruta

En la Caracas colonial, cuando un rico quería esconder su oro, lo enterraba. Pero los poderosos no se ensuciaban las manos –al menos no con tierra–. Tampoco cargaban peso. Era más fácil mandar a un esclavo a trasladar el tesoro y cavar el hueco enorme donde sería escondida la guaca o “el entierro”. Debido al orden en que ocurrieron los hechos narrados a continuación, no existen pruebas de que esclavo alguno haya manifestado suspicacia sobre la apertura de una fosa tan enorme para esconder un botín del tamaño de una caja de zapatos.

Se lanzaba la guaca en el hoyo y ya casi estaba lista la faena. El amo miraba hacia un lado y hacia el otro para asegurarse de que no hubiera testigo que pudiera dedicarse a la búsqueda de la fortuna, y repentinamente sus ojos se posaban sobre la sudorosa piel de su sirviente aún jadeante luego de tanto esfuerzo. Solo quedaba una cosa por hacer: matar al esclavo, y como el muerto no podía hacer otro hueco, este era lanzado encima del tesoro, poniendo como guinda final de aquel entierro una figurita religiosa para que no quedara duda alguna de que aquel sacrificio no hacía mella en la fervorosa religiosidad del hombre poderoso.

A mediados de los años sesenta, Víctor Soledad y Enrique Rengifo, que para entonces rondarían los 12 años, se sentaron en una de las esquinas de la avenida Casanova a estallar los petarditos que

les habían quedado de la Navidad, cuando advirtieron la existencia de un pequeño hueco junto a la raíz de un árbol que hasta hace algunos años todavía estaba ahí. Con temeraria osadía, explotaron uno de los triquitraquis, luego dos y luego más, a ver qué pasaba. Saludaban de cuando en cuando a las niñas que pasaban veloces con sus patines de hierro, y se escondían tras el árbol cuando uno de los vecinos les gritaba desde el balcón de alguno de los edificios, por eso no advirtieron sino hasta un rato después que el hueco se hacía más grande con cada detonación: dice uno de los muchachos –hoy un señor sesentón–, que la cavidad debía tener como tres metros de hondo, y que lo sabe porque él mismo se metió pa’ revisarlo.

Entre escombros y raíces, al bajar a lo profundo de la fosa, Enrique encontró un amasijo de trapos viejos que envolvían algo duro. Se lo lanzó a Víctor que le cantaba la zona desde lo alto, y subió a la superficie ayudándose con las raíces y las piedras de las paredes del hoyo. Al llegar arriba abrieron juntos el manojito de trapos, cuyo interior reveló a los dos muchachos la figura de un cristo sin manos, tallado en madera. Decepcionado por el hallazgo, Enrique le dejó el Cristo a su amigo y se fue a su casa a merendar, olvidando para siempre aquel asunto. El hueco con el tiempo lo taparon con cemento y nunca más Enrique se preguntó qué habría ahí adentro.

La relación de Víctor Soledad con el Cristo mutilado fue distinta: aquella tarde el niño llegó a su casa con la figurita entre las manos y se la dio a su devota madre, quien la atesoró como un recuerdito de su hijo.

Décadas más tarde el azar llevó a un viejo anticuario a evaluar con meticuloso asombro aquella modesta talla del tamaño de una mano: “Ese tipo de piezas data de siglos atrás, se usaba para acompañar a los esclavos hasta su lecho final, pero no a cualquier esclavo, sino a aquel que era enterrado junto a la fortuna de su amo”.

Las sequías, la calina y la Semana Santa más larga de la historia

En abril de 1958, la revista *Momento* publicó una crónica de Gabriel García Márquez: “Caracas sin agua” (6 de junio de 1958). Al inicio de la nota decía: “Si un aguacero cae mañana, este reportaje cuenta una mentira. Pero si no llueve antes de junio, léalo”. Cualquiera curioso natural leería con avidez lo escrito por aquel joven de 31 años que parecía tener algo muy grave que contar acerca de aquella sequía de inicios de la democracia.

En sus líneas García Márquez satirizaba para sus lectores el pánico inoculado por el sensacionalismo mediático en torno al posible escenario de una Caracas absolutamente desprovista del líquido vital. Su personaje, Burkart, un alemán residente en Caracas, “compró una lata de jugo de naranja y se decidió por una botella de limonada para afeitarse. Solo cuando fue a hacerlo descubrió que la limonada corta el jabón y no produce espuma, de manera que declaró definitivamente el estado de emergencia y se afeitó con jugo de duraznos”.

Para el momento en que fue escrita aquella historia, San Bernardino, lugar que fue residencia del afamado escritor en sus tiempos de periodista, era una zona de la ciudad aún exenta del caos de la superpoblación. Para aquel entonces la población total del país entero, de poco más de seis millones de habitantes, apenas superaba la cifra de personas que hoy, entrado el 2016, habitan solamente en la ciudad de Caracas. No es de extrañarse, entonces, que incluso en medio de una alarmante sequía García Márquez describiera el apacible ambiente de San Bernardino de la siguiente manera: “De la cercana avenida Urdaneta no llegaba el ruido

de los automóviles ni el estampido de las motonetas. Los árboles de las avenidas, de ordinario cubiertos de flores rojas y amarillas en esa época del año, extendían hacia el cielo sus ramazones peladas”.

Entre finales de 2009 y la primera mitad de 2010 Venezuela volvió a atravesar una fuerte temporada de sequía, la más intensa registrada hasta entonces. La disminución a niveles críticos de los embalses que surten la ciudad, más la agudización de una crisis energética nacional relacionada, entre otras cosas, con la escasa pluviosidad de aquellos años, hizo necesarias medidas de emergencia para la reducción del gasto energético: cortes programados en el servicio eléctrico y de agua fueron necesarios para sobrellevar la situación. Aunado a esto, y como si no fuera suficiente la tragedia, el sabotaje eléctrico no se hizo esperar, y fueron múltiples los apagones que en horas estratégicas dejaron sin servicio eléctrico a enormes sectores de Caracas.

El panorama caraqueño durante los apagones de aquel año era, por decir poco, apocalíptico. En las grandes avenidas desde sus automóviles los conductores veían pasar caudales de gente saliendo de sus trabajos. Zonas populares, como El Valle, Coche y muchas otras pusieron a prueba en la oscurana la valentía y solidaridad de sus habitantes.

El acceso a los caminos del Waraira Repano fue limitado y prohibida la acampada, puesto que el cerro y los visitantes en aquellas condiciones significaban peligro mutuo: se buscaba evitar los estragos causados por montañistas descuidados que pudieran generar algún incendio, como el inminente riesgo de quedar atrapados en una quema espontánea. Durante largos días estuvo el cerro quemándose. Desde abajo lo veíamos por las noches como un gigante abatido sangrando lava, y en los tendaderos de la ciudad las ropas se ensuciaban antes del uso con tizones de gamelote que el poco viento que corría traía desde el incendio.

El tratamiento dado por los medios de comunicación sobre el evento dio lugar a la ampliación de nuestro vocabulario con una palabra que muchos desconocíamos hasta entonces: la calina o

la calima, como a usted mejor le suene. Fue la calina la palabra de moda en la ciudad por aquel año. Cualquier afección pulmonar era achacada de inmediato al influjo de la calina. Y era maluca la calina: por las noches nublaba la vista a los amantes deseosos de mirar juntos las estrellas; por el día, su efecto sofocante amenazaba con matar de angustia a las señoras. El cielo de aquellos días era de un denso color grisáceo.

Entonces el presidente Hugo Chávez tomó una decisión que de muy mala manera tuvieron que acatar los empresarios, y que significó un remanso de sosiego para los trabajadores ya al borde del colapso por estrés y falta de agua: la Semana Santa no estaría abreviada en Jueves y Viernes santos, sino que duraría toda una semana, comenzando desde el lunes o, como la lógica nos indica, desde el sábado anterior.

Aquella temporada vacacional fue tan inesperada como aprovechada por los caraqueños que salieron despavoridos de la ciudad en busca de un chapuzón. Durante ocho días el tráfico de la ciudad se redujo a niveles comparables con los registrados un primero de enero a las diez de la mañana, y al regresar los temporadistas, tanto la calina como la animosidad de la gente se encontraban aliviados.

“En el silencio mortal de las 9 de la noche, el calor subió a un grado insoportable, Burkart abrió puertas y ventanas pero se sintió asfixiado por la sequedad de la atmósfera y por el olor, cada vez más penetrante. Calculó minuciosamente su litro de agua y reservó cinco centímetros cúbicos para afeitarse el día siguiente. Para él, ese era el problema más importante: la afeitada diaria. La sed producida por los alimentos secos empezaba a hacer estragos en su organismo. Había prescindido, por recomendación de la Radio Nacional, de los alimentos salados. Pero estaba seguro de que al día siguiente su organismo empezaría a dar síntomas de desfallecimiento. Se desnudó por completo, tomó un sorbo de agua y se acostó boca abajo en la cama ardiente, sintiendo en los oídos la profunda palpitación del silencio. A veces, muy remota, la sirena de una ambulancia rasgaba el sopor del toque de queda. Burkart cerró los ojos y soñó que

entraba en el puerto de Hamburgo, en un barco negro, con una franja blanca pintada en la borda, con pintura luminosa. Cuando el barco atracaba, oyó, lejana, la gritería de los muelles. Entonces despertó sobresaltado. Sintió, en todos los pisos del edificio, un tropel humano que se precipitaba hacia la calle. Una ráfaga cargada de agua tibia y pura penetró por su ventana. Necesitó varios segundos para darse cuenta de lo que pasaba: llovía a chorros.”

A Gabriel García Márquez le gustaban la lluvia y los actos de justicia. Dicen que tras una larga sequía el día de su muerte llovió en Aracataca, su pueblo natal.

2006, Caracas es tomada por los jóvenes

Nació en el municipio Libertador, para sorpresa de sus padres que desde hacía varios meses la llamaban Ezequiel. A los seis días de nacida la llevaron de paseo a Los Venados, y poco tiempo después se fueron papá y mamá, con Susana Reyes en brazos, a vivir a un poblado grande a varios kilómetros de distancia. Solo volvió a vivir en Caracas en el año 2004, tras terminar el liceo, sintiéndose demasiado anodina para asumirse caraqueña, y suficientemente cosmopolita para asumir la aventura de recuperar el gentilicio. Habiendo ingresado a estudiar en la Universidad Central de Venezuela, se instaló en una pequeña habitación que su abuelo le prestara en Chacaíto: colchoneta en el suelo, computadora vieja y maletita con la ropa más moderna que encontró en su escaparate de, hasta hace poco, niña.

Por un asunto de cercanía, y por ser el camino más directo a su centro de estudios, caminaba casi a diario el bulevar de Sabana Grande, que en aquellos tiempos, herencia de la Cuarta República, era un intransitable laberinto de gritos, mafia y aguas negras, peligroso y feo, guarida del crimen, corrupción, drogas y deterioro social a toda escala. “Uno se paraba en cualquier lado del bulevar y era muy difícil saber en dónde estabas. No se veían los edificios, y si no conocías bien la zona a veces hasta costaba encontrar las entradas del Metro.

Reyes no trabajaba, era una menor de edad y el dinero que su madre le enviaba le alcanzaba únicamente para costear sus estudios y uno que otro desayuno. Las condiciones para el rescate de la ciudad y la democratización de los espacios públicos solo estuvieron dadas pasado el año 2006, así que aquella joven recién llegada a una

ciudad ajena, enorme, caótica y tomada por todos los demonios del capitalismo, no sabía a dónde ir a recrearse. Aquella era la Caracas que nos dejó el siglo xx. Los eventos culturales abundaban en las zonas de la clase media alta que podía pagarlos, los grandes teatros se encontraban en estado de abandono extremo. Abandonados, lamidos por las llamas del olvido.

A Susana sus amigos la invitaban a los centros comerciales o a locales nocturnos a los que no se podía entrar sin contar con una buena suma de dinero. En lugar de eso, paseaba durante el día en la universidad, o visitaba el recién bautizado parque Generalísimo Francisco de Miranda, antiguamente llamado Parque Rómulo Betancourt. O hacía la ruta del Metro hasta Propatria para salir a la superficie dentro de esa montaña rusa apta para cardíacos que es el metro, y desde el vagón de asientos amarillos, sentada junto a la ventana, exploraba las partes de la ciudad que a pie le daba miedo andar y en autobús no sabía cómo ir a conocer.

En el Metro hacía un juego que consistía en colocar una moneda en el piso del primer vagón, en el espacio interno entre las puertas de ambos lados del tren, antes de que este comenzara a andar. Al iniciar el movimiento la moneda se paraba derechita, sola sobre su canto, y nunca faltaba la explicación de su amiga la estudiante de física, que utilizaba palabras como imán, energía, inercia o magnetismo para darle al fenómeno una explicación que nunca nadie lograba comprender.

Más allá de esos paseos, no había mucho. En Caracas, por aquellos días la gente de cada sector de la ciudad se movía exclusivamente dentro de su zona, que algunas veces era de confort y otras, como era el caso de Susana, no lo era tanto. “No vayas para el centro que es peligroso”; “Cuidado que en los autobuses atracan a la gente”, y demás advertencias por el estilo la acompañaban hasta la puerta de la casa de su abuelo cuando iba a salir. “En Los Caobos violan a las muchachas, no vayas a eso”, le dijeron cuando, tras varios meses de discusión política con unos pocos y anónimos compañeros de la universidad, decidieron acercarse a visitar a un grupo de amigos que acamparon en el parque Los Caobos, en el marco de un evento que a los ojos de Susana fue, entre otras cosas, el suceso que transformó la forma de relacionarse, entre sí y con la ciudad, de la juventud caraqueña: el 16.º Festival Mundial de la Juventud: “Por la solidaridad y la paz, luchamos contra el imperialismo y la guerra”.

Fue en agosto del año 2005. Durante una semana, casi veinte mil jóvenes de Venezuela y 140 de países del mundo se congregaron en la ciudad para formar parte de una serie de actividades orientadas a la unión de los pueblos, la lucha por la soberanía, la paz y el rescate de la humanidad, y era necesario que así fuera, que la sede del evento aquel año fuera Venezuela, puesto que fue durante los foros de discusión, la transmisión de documentales, las jornadas de Juicio al Imperialismo que muchísimos jóvenes que asistieron por simple curiosidad tuvieron su despertar ideológico y político. Aquella juventud nacida a finales de los años ochenta, cuya corta edad y escaso acceso a la información contribuían a que no estuvieran enterados de los sucesos que habían hecho necesario el estallido de una revolución dentro de tierras venezolanas, tuvo en aquel festival su primer encuentro cara a cara con las historias no contadas por los medios de comunicación, sobre injusticia, muerte, dolor, hambre y miseria alrededor del mundo, e incluso de su propia comunidad. El parque Miranda, el Poliedro de Caracas, el Teatro Teresa Carreño, la Universidad Bolivariana de Venezuela y muchos otros espacios estigmatizados por la mediática venezolana fueron punto de encuentro para aquellos jóvenes que por primera vez tenían la posibilidad de conocer gente que venía de todas partes del mundo, atraída por una Revolución que daba señales de ser ejemplo y bastión para movimientos antiimperialistas alrededor del mundo.

“Todos venían curiosos, emocionados por escuchar y ver a Chávez en persona. Conocí un montón de gente de todo tipo que recorría el centro de la ciudad con sus pintas de turistas y no había ningún problema, y me dieron ganas de hacer lo mismo yo, había muchísimo más qué conocer y yo había estado encerrada en un Sambil desde que me vine a vivir acá”, cuenta Susana.

A más de una década de aquel evento la ciudad es diferente, los jóvenes que participaron en aquel encuentro son hoy adultos conscientes del cambio que ha presentado la ciudad desde aquel entonces, de la disminución de la desigualdad, de la recuperación de los teatros, parques, plazas y avenidas, de los innumerables encuentros por la paz, del incentivo al acercamiento de la gente a su ciudad y su historia. Ya no es necesario un festival mundial para que jóvenes de todo el mundo vengan a ser testigos de una ciudad en la que hay mucho por hacer, y todos podemos participar.

Amaranto, pira o bledo: la yerba de los caracas³

En un año normal las vacas gordas llegan usualmente en Navidad y mitad de año, y las vacas flacas, entre esos dos instantes de opulencia. Así vamos de la alegría de comer hallacas, ensalada de gallina, pan de jamón, pernil y torta negra –en una misma cena–, a la desazón del pan de ayer con mantequilla y queso, que pasamos heroicamente por el güergüero con un pequeño vaso de agua fría.

La opulencia del pelabola es bastante modesta. Nos contentamos con comer sabroso porque muchas veces hay que sacrificar la diversidad de la comida para poder pagar el resto de las cosas. Pero no siempre fue así. Aquí comíamos bien... hace 600 años.

Desde que llegó a América la figura del patrón, y con él el control sobre cada aspecto de nuestras vidas, los dueños de Caracas, los amos del valle, crearon la figura del pelabola, decidieron su nueva dieta, y comenzaron un exterminio masivo de especies alimenticias, propias de nuestro fructífero valle, hasta que se nos olvidó qué comíamos antes. Perdimos de la memoria, entre millones de cosas más, algo llamado pira, ¿no te suena? También le dicen bledo, amaranto, o yerba caracas.

I: La siembra

“¡Ah! ¡Pero eso es monte!”, dice uno cuando descubre que la pira se come, porque nos olvidamos de que antes de existir los supermercados, los caribes de Caracas tenían el abasto alrededor de sus caminos. Y el

3 Adaptación de varios textos publicados por la autora en la columna “Recetario del pelabola” de la revista *Épale* CCS.

monte era sinónimo de “papa”, y la “papa” era sabrosa, y no había que pagar por ella. Así podría ser hoy, si entendemos que esa hierba que se encuentra en las aceras, que crece frondosa donde quiera que sueltes sus semillas, está ahí porque, a pesar del olvido de los siglos, ella aún nos quiere alimentar.

“El bledo es el vegetal más completo en la naturaleza”, así dice en internet, y cualquier panita con unas cuantas décadas encima te lo puede confirmar: lo que en el mundo desarrollado llamamos “suplemento vitamínico”, la naturaleza lo inventó primero, y se llama pira.

La pira tiene ácido fólico, hierro, calcio y vitaminas A, B2 y C. El grano contiene lisina y aminoácidos esenciales como los hay en la leche, tiene grasas de muy buena calidad, más fibra que el maíz y el arroz, fósforo, magnesio, potasio, hierro, zinc y cobre. Todo eso dentro de una plantita modesta que creímos que no valía nada, y que podemos sembrar en nuestras casas (probablemente ya la teníamos y la masacramos, seguros de que no servía para nada) para dejar de pelar tanta bola e independizarnos un poco de la comida empaquetada, procesada, deshidratada, pasteurizada y homogeneizada con la que nos esclavizan y enferman las industrias transnacionales que hacen negocio con la alimentación, prefiriendo dejar morir a millones cada año, que democratizar el alimento.

Entonces: busca en la calle unas espiguitas de pira. Consigue un pote y hazle huequitos en la base, llénalo de tierra, y luego frota esas espigas entre tus manos como si fuera un jabón. Entre la burusita encontrarás unos punticos negros, esas son las semillas. Siémbrelas frotando otra vez las espigas con un puñado de tierra y déjalo caer todo en la maceta, esparcidito. En tres semanas ya tendrás varias maticas de pira.

II: La ingesta

Cuenta la historia que un día nuestro amigo el pelabola se enteró de que la pira era alimento. Desde entonces, caminando por Caracas, hambriento y con poca plata, se le abre el apetito cada vez que ve una plantita de esas, tan nobles y resistentes, que nacen entre las grietas de las aceras.

Pero, ya va: apresurarnos no servirá de nada. Ni por toda la pira del mundo querremos lidiar con una bacteria estomacal o algo

que nos ponga el panorama más difícil. La pira que está en la calle, tristemente se ha regado con pipí de perro, de humano, de chinche, de gato, y seguro tiene un poco de caca y de cualquier estreptococo tropical. Así que mosca, lo de sembrar es en serio, y lo vas a disfrutar mucho si haces como nuestro pana el pelabola que se hizo su huerto en la casa con un par de guacales, bolsas negras y tierra. Con haberle dedicado un mínimo de atención y de constancia, después de doce semanas de cuidado el cultivo de pira del pelabola ya está listo para alimentarlo a él un rato largo, y mucho más, pues seguirá creciendo.

“Francamente, querida, me importa un bledo”

La frase de más arriba es la que cierra una peli del año del cataplum: *Lo que el viento se llevó*. Si lo que fue llevado por el mismo viento que empujó hasta acá las velas de los españoles, no hubiera sido la importancia de una planta tan versátil y tan nuestra, las meriendas caraqueñas de hoy en día no estarían llenas de toda la porquería que nos comemos a diario, sino de pira, de bledo saludable y muy barato, por no decir que gratuito. Si hubiéramos mantenido aquel romance que tuvimos siglos atrás con el bledo, la preparación de las galletas de pira sería para ti tan familiar como hacer unas arepas.

Para preparar unas galletas vas a agarrar:

- Una y media barrita de margarina. Claro, ya uno nunca consigue barritas de margarina, que antes eran tan comunes, y algunos lunáticos dicen que es *culpechiave* para no admitir que la Polar no quiere sacar raciones más pequeñas de margarina desde que la Revolución le fijó el precio justo a su producto. Entonces calculemos 250 gramos de margarina o mantequilla, o su equivalente al ojo por ciento: unas cinco cucharadas.
- Una tazota full de papelón rallado.
- Dos ñemas.
- Dos tazas de harina de trigo que puede ser integral, pero no leudante.
- Y la pira. Que no vas a usar las hojas, sino la espiga y los tallitos tiernos: para eso hasta que llenes una tazota también.

Luego la mezcla se prepara así:

- Bate la margarina hasta que te duela el brazo, aunque si tienes una batidora, dale con eso y luego me la prestas. Agrega el papelón y sigue batiendo, y luego las *ñemas*, hasta que todo quede mezcladito.
- Ahora vas a agarrar las espigas de pira y los tallitos tiernos, blanditos, en un mortero y lo machacas bastante todo junto hasta que se vea más o menos homogéneo. Agrega eso junto a la harina en la perola donde tienes la margarina y lo demás (que tiene que ser grandecita), y con las manos mezcla hasta formar una masa. Luego vas a hacer unas arepitas lo más delgadas que puedas para que queden tostaditas, y las horneas de 10 a 15 minutos, o hasta que estén doradas, a temperatura por debajo de los 180 °C. También las puedes hacer en un sartén o budare con tapa, a fuego bajitico.

Cuando más arriba mencioné la frase “me importa un bledo”, fue porque desde la masiva quema, por parte de los conquistadores, de toda plantación de pira que se encontrase, hasta nuestros tiempos, la lucha de los recién llegados fue por eliminar de nuestra memoria cualquier dato que pudiera indicarnos que la pira sirve para algo. “Me importa un bledo” es poco menos que decir que me importa una mierda, con la diferencia de que lo primero nos priva de un alimento que bien podría salvarnos de una hambruna, y que, siendo eje fundamental de la dieta caribe, era la que proporcionaba gran parte de su fuerza y su belleza a las tribus guerreras que poblaban el valle.

Si en tu casa hay un abuelito o abuelita que comienza a presentar problemas de la memoria, dale galletas de pira, sopa de pira, ensalada de pira y hasta infusión de pira. Nuestra planta originaria tiene muchísimo calcio, fósforo, proteínas, vitaminas, carbohidratos y fibra por montones, aminoácidos y antioxidantes ideales para la recuperación de pacientes en convalecencia. La hoja de la pira se puede usar del mismo modo que usarías una espinaca, e incluso en el sabor se le parece.

Etanis González y el reto de la casa de las muñecas

Usted va caminando por la Sur 3, en Santa Rosalía, vía a la esquina Pinto, y dependiendo de en qué dirección vaya, se tropieza con alguna de estas cosas: si va camino al Waraira, un mosaico del rostro del Libertador Simón Bolívar; si camina en dirección al sur, uno del comandante Hugo Chávez en actitud amable, constitución en mano. Miles de trocitos de cerámica de colores rejuvenecen el paisaje.

En los alrededores, como en la esquina Viento, púberes edificios de nítidos vidrios y ladrillos llevan el sello de la Gran Misión Vivienda Venezuela y contrastan con el resto de ese panorama curtido por capas de hollín de tiempos inmemoriales.

Decide usted dirigirse en dirección a El Cristo (¡la esquina!). Hace un día gris, la calle sigue húmeda por la lluvia del alba y de pronto una textura inusual le obliga a concentrar la mirada en la fachada de una casa que es más bien un edificio. En la planta baja, un negocio raro:

“Es una ferretería que vende nintendos –se dice usted–. Inversiones Etargon –se responde, leyendo–. Es una venta/fábrica/compra/taller de reparación de casi cualquier cosa electrónica, curiosa, interesante. Y de equipos médicos también –vuelve a decirse–. Exacto –concluye entre la confusión y la curiosidad”.

Pero no es en el comercio de la planta baja donde se concentra toda su atención. La mirada irremediamente sube a las plantas de arriba, ansiosa, necesitando observar con más detalle.

Primer piso: una ventana enrejada de unos seis metros de ancho, adornada con una colección de variadas flores de artificio y alguna planta

viva, una bandera enredada en los barrotes y al menos una mariposa. Nada mal para romper con la monotonía de miles de ventanas comunes y corrientes en Santa Rosalía, pero todavía queda más.

Segundo piso: la ventana de la planta más alta es el gran atractivo de la casa que se ha bautizado por el colectivo de la manera más lógica posible: La Casa de las Muñecas. Centenares de bebés y trozos del cuerpo humano, en su mayoría rostros, saludan desde la ventana a las que se encuentran sujetas de manera perenne, en actitud vigilante, sobre el rostro de un demonio rojo con los colmillos visibles, un sol con cara de tragedia y una calavera del tamaño de Nelson de la Rosa.

Es una ventana de muñecas y usted no puede hacer otra cosa que quedarse de pie mirando hacia arriba con detenimiento, recordando vagamente los clichés de las películas de terror y todo el dinero que gana el capitalismo explotando los miedos de la gente. Le parece una ventana transgresoramente bella y repara, sobresaltado o sobresaltada, en algunas piernas y brazos de tamaño natural que quieren salir corriendo hacia El Cristo o Viento, o en un rostro que, asomado a un costado de la casa, parece de carne y hueso, e intenta camuflarse entre el resto de centinelas ficticios.

Recuerda usted, justo en ese momento, que yo le dije en esta narración que el señor Etanis González, dueño y creador tanto de la casa como del negocio de venta/fábrica/compra/reparación de casi cualquier cosa electrónica, curiosa o interesante, Inversiones Etargon, alguna vez acostumbró a realizar visitas guiadas por dentro de la vivienda a cualquier preguntón visitante que se acercara por ahí, pero se fastidió de hacerlo y ahora solamente responde con dos o tres palabras cada consulta y se niega, por flojera (así dice él), a permitir subir a los visitantes y a mostrar la numerosa colección de obras de arte que esconde la casa en su interior.

Varios muñecos de tamaño natural descansan sobre los muebles de la casa, obvios vástagos producto de encuentros apasionados entre las muñecas del artista Armando Reverón y los maniqués de las tiendas del centro de la ciudad. Colecciones cuantiosas de relojes y espejos, figurines femeninos a escala real, engalanados con vestidos de joyas, labios, ojos de millones de mujeres con una belleza de revista. Una exaltación pop del cosismo.

Pablo Neruda tenía una casa repleta de corotos de todo tipo. Armando Reverón llenó su casa de corotos hechos artísticamente por él. Etanis González agarró un montón de corotos y con ellos convirtió su casa en un museo. No importa cuánto le haya dicho yo que el hombre no quiere hablar sobre su peculiar manera de ornamentar su casa, y que a lo sumo le entregará en préstamo un disco con la grabación de un simplón programa de televisión que le dedicaron, usted decide cruzar la calle e intentar persuadirlo de dejarle subir.

Si lo logra es usted un amo de la persuasión. El nuevo reto: tener permiso para tomar mil fotos.

Dos recuerdos de Totoño

A la tapicería de Totoño se puede uno acercar montado en BusCaracas. Se baja en la estación El Cristo y cruza hacia San Agustín del norte. Pasa derecho por donde está el *Diario VEA* (no es difícil imaginar que Pablo Acosta le haya saludado alguna vez al cruzárselo rumbo a su trabajo, porque Totoño, con su bigote de brocha, su piel oscura y su amplia sonrisa, es uno de esos hombres con cara de caraqueño, que a la primera da sensación de ser amigo de todo el mundo), y sigue por ahí vía a la esquina Arismendi. Cuando se tropiece con el hipnótico letrero de los peruanos no se moleste en preguntarse si hay hambre ni lea mucho los deliciosos nombres de esa comida llena de frutos del mar cocinados de forma succulenta: la razón por la que en ningún lado figuran los precios de los platos es porque, en su mayoría, superan el presupuesto semanal de cualquier cristiano, así que siga derecho buscando el cine El Dorado, pero antes deténgase a hablar con el loro que está afuera del restaurantico, que siempre dice hola, y eso no se ve en todos lados.

Pregunte por el Hotel Bel Mar, que es cruzando hacia el sur, y fíjese en la fachada tan bonita que tiene la casa que funge como una de las alas del establecimiento. Es una linda fachada azul y terracota, repleta de plantas bien cuidadas. Por dentro, simplemente un hotel más.

Al final de la calle se ven desde lejos los altorrelieves de la fachada del cine El Dorado. Con el azul del cielo atrás casi hace honor a su nombre. Esas letras alguna vez fueron una hazaña del diseño. A mano derecha se observa un chichero que, si usted le pregunta, le contará que ahora en la edificación funciona una imprenta de gacetas hípicas, y usted se indignará, espero. “Pero si quiere saber más agarre por ahí

y pregunte por Totoño en aquella tapicería”, dirá el señor chichero señalando hacia el este, y usted se irá rumbo a conocer a un camarada revolucionario que ha sido testigo durante casi toda su vida del paso de San Agustín del norte, de la urbanización de la gente rica de Caracas, a la árida comunidad-dormitorio que hoy es.

“En ese cine se pasaban muchas películas de Pedro Infante y Capulina, yo las vi. Y se presentó en persona María Félix, porque esto era la zona de los ricos de Caracas, por eso para acá traían a toda esa gente famosa”, narrará Totoño, un hombre de 59 años, de maravilloso hablar y portador nato de esa mística simpatía a la que le llaman salero.

Totoño es ese idílico personaje que aprendió de su padre el oficio de la tapicería y continuó con él en el mismo lugar y para la misma gente, de ahí que recuerda hechos particulares ocurridos muy cerca de ese punto ubicado entre Pichincha y Boyacá, en la avenida este 14: “En ese balcón –seguro le contará Totoño señalando una vieja casa que hoy funciona como una especie de galpón frente a la tapicería– cayó muerta una señora por ahí por el cincuenta y seis, cuando la resistencia de Pérez Jiménez. Había toque de queda y un niño salió a jugar al balcón. Cuando la mamá lo vio salió corriendo a cargarlo para meterlo y ahí le dispararon desde aquel puente –le hará voltear a mirar un puente a pocas cuadras, que baja de la avenida Fuerzas Armadas–, fue la Seguridad Nacional”.

También le hablará con cierta añoranza del estadio de los Leones del Caracas, “De la Cervecería Caracas, se llamaba realmente”, dirá, y le contará que los peloteros Darío Celis, Patón Carrasquel y “El Mono” Zuloaga fueron vecinos de San Agustín del norte: “Alguno de ellos estuvo en el mundial de béisbol que le ganaron a Cuba por ahí por el año 1947, y resulta que luego vivían aquí y no se hablaban. No se hablaban, pero sí se querían, ellos eran así. Una vez en aquella esquina atracaron al “Mono” Zuloaga, eso fue bien feo, y Patón Carrasquel salió corriendo y gritando a ver qué le había pasado”, evocará con una sonrisa.

Varias cuadras más adelante, si decide continuar el recorrido, si se topa con un ancianito bastante desvencijado, parado frente a una fachada de las mismas características, pregúntele por su nombre. Si este le responde: “Yo me llamo Andrecito Avelinito”, búsquele

conversa. Él revendía entradas de los juegos importantes en el estadio de Cervecería Caracas. Las compraba y después las vendía más costosas, por compadritos como él es que el caraqueño tiene fama de vivo.

Daniel Sánchez Martínez.

La cámara, el pincel; Caracas, la modelo

“Yo soy catiense. Nací, crecí y he vivido toda mi vida en Catia, nací en Los Magallanes. La casa donde crecí, antes de comprarla mi mamá, era de una familia que andaba en la izquierda, esto lo allanaban a cada rato, los Negrete. Aquí venía de visita Pompeyo Márquez, gente así”.

Daniel estudió siempre en la escolaridad pública e hizo vida activa dentro de sus escuelas. En el liceo Andrés Eloy Blanco participó en la coral, tocando guitarra, cuatro y hasta cantando. Le gustaba dibujar, pintar, cualidades que luego fue dejando a un lado debido a la forma como se trabaja la enseñanza en Venezuela y en la mayoría de los países del mundo. “La escuela con su modelo prusiano de estructura tiene esa característica: anula ciertas cualidades que uno tiene, lo estandariza todo. Tú ves que uno no interactúa sino con personas de su misma edad, tú nunca le ves la cara a los que están atrás, no interactúas libremente como podrías interactuar en tu comunidad, la atención es toda hacia el maestro, que ya tiene definido lo que te va a enseñar e incluso, muchas veces, si tú tienes inquietudes de otro tipo, que no tienen que ver con el plan de estudios, el maestro te dice ‘epa, no te metas con eso porque eso no es lo que estamos viendo, eso está fuera del programa’, así se eliminan en la gente cualidades que podrían ser muy virtuosas”. El cambio del modelo positivista de educación es, para Daniel Sánchez Martínez, profesor universitario y fotógrafo, una de las deudas que desde 1999 arrastra la Revolución bolivariana con el desarrollo del modelo socialista. “En la escuela te

enseñan de qué está compuesto el aire, pero no te enseñan para qué se puede usar, ni se arma un proyecto para construir algo y ver cómo se puede usar el aire a favor de nosotros a nivel de comunidad, si las cosas no se enseñan así es muy difícil alcanzar la soberanía”. Daniel entiende la soberanía como la capacidad de un pueblo para resolver sus problemas y proveerse de todo cuanto sea necesario para una vida digna. “Hay una serie de conocimientos que se enseñan en abstracto. Simón Rodríguez ya sabía eso y por eso él enseñaba de una forma diferente. Chávez nos lo recordó también, esa búsqueda tenemos que emprenderla”.

En la UCV estudió Idiomas. En los años noventa, la escuela todavía quedaba en San Bernardino. “Una escuela totalmente aislada de la realidad social, muy elitista. Chávez ya había aparecido en la escena política y en esa escuela no se hablaba de eso. Era la época de las privatizaciones. Rafael Caldera, que se pintaba como el gran resucitador, nos acabó, vino la pelazón total, la crisis de los bancos en el año 1994, gente que se suicidaba, una inflación en el año 1996 del 103%, las empresas básicas que en algún momento daban empleo o que, demagógicamente y todo, daban como una luz al final del túnel, fueron privatizadas y rematadas a precio de gallina flaca: Venalum, Alcasa, Sidor, Pdvs, todo eso se privatizó. Teodoro Petkoff a través de Cordiplan remató las prestaciones sociales, todo estaba vuelto un desastre. Por más bacheo que haya ahorita, por mucho que en este momento estemos siendo víctimas de una locura que pone en juego nuestra capacidad adquisitiva, aquello era una situación muchísimo más grave, los servicios públicos eran costosísimos”.

Cuando Daniel dice “bacheo”, todo a su alrededor se vuelve silencio. Tres pájaros posados en uno de los árboles de la entrada de su casita catiense caen al suelo, aturridos por el miedo que infunde esa voz sepulcral de reciente data. El bacheo es el nombre que se le dio a una de las tantas prácticas de la guerra anti-revolucionaria que se vive en Venezuela desde 1999. La empresa privada distribuye los productos de forma irregular, generando desabastecimiento y su consecuencia directa: la escasez. Ante esta situación, no falta quien se dedique a comprar en grandes cantidades los productos escasos, colaborando a agravar la

carencia y aprovechando la oportunidad para bachequear, o lo que es lo mismo, ofrecer en venta los productos adquiridos, a precios multiplicados al antojo. En sus inicios se habló del bachequeo fronterizo, pero la práctica se mudó hacia Caracas muy rápido, y es Catia, el lugar transitado diariamente por Daniel, uno de los centros de bachequeo más grandes de la ciudad.

“Entonces, cuando a mí me dicen bachequeo yo no me olvido de que los años noventa fueron realmente terribles. En el liceo nos decían ‘ustedes van a empezar a ver mejor el liceo cuando empiecen a pagar’. Es decir, el que pagaba tenía derechos, el que no, pues no. La gran mayoría de los bachilleres se quedaba por fuera del sistema universitario, bebiendo en una esquina. También por eso yo abandoné el lado artístico, porque en medio de todo eso, ¿quién iba a estar pendiente de estar comprando pinturas?”.

La plástica, desde el lente

Siendo niño, su padre le regaló una cámara de formato 110: “Una camarita muy sencilla con la que hice mis primeros experimentos. Viajábamos mucho y yo tomaba fotos en las vacaciones, recorriendo el país. Yo aprendí geografía de Venezuela porque con mi papá recorrimos todos los estados del país, con mi papá manejando. Así conocimos la realidad del país, porque pocas veces llegamos a hoteles, la mayoría de las veces recorríamos localidades muy pequeñas. Nos llevábamos los juguetes que ya no usábamos y los regalábamos en el páramo, conversando con la gente y tomando fotos”.

Pero ya sabemos que al salir de la escuela Daniel Sánchez había dejado de lado cualquier inclinación artística para internarse en sus estudios universitarios y procurar mantenerse al día en la discusión política. El dato particular de este hombre que nos habla de una deuda histórica que tiene la Revolución con el desarrollo de un modelo educativo generador de soluciones e incentivador de las inclinaciones y talentos individuales, radica en el hecho de que, por iniciativa propia y en medio de una Revolución marchante, retomó la fotografía impulsado por el deseo de documentar los acontecimientos históricos, marchas y cambios de los que era testigo en su ciudad.

En 2011 Cotrain ofrecía un curso de fotografía dictado por Héctor Rattia y otros dos profesores más. Daniel inició los talleres como una forma de evadir la preocupación que le generó la noticia de la enfermedad del presidente Hugo Chávez, y fue esa misma noticia la que lo mantuvo activo fotografiando eventos en Caracas a pesar de que el curso fue suspendido. “A mí esa noticia me golpeó, pero ese golpe lo que hizo fue invitarme a seguir haciendo fotografías de lo que estaba ocurriendo en Caracas. Yo decía que eso me tenía que equilibrar”.

En un rincón de la casita catiense, Daniel construyó empíricamente un laboratorio químico donde procesa las fotos de 35mm que toma de Caracas. “Caracas es una ciudad maravillosa para la fotografía, por la velocidad de todo. En otras ciudades de América Latina la gente es más calmada, pero aquí no, aquí cuando uno va calmado te tienes que apartar porque la gente te lleva. En el metro he tomado muchas fotos muy vertiginosas. Caracas es fotogénica, caribe, colorida como un cuento de Gabriel García Márquez en Barranquilla. Yo estoy cansado de ver postales bonitas de una plaza O’leary pulcra, aséptica, idílica, donde no ha pasado nada. Tú ves una postal de esas y notas que quien hace la fotografía es un ruso, un chino, un gringo. A mí me gustaría ver otra cosa, un poco siguiendo esa nota de las televisoras comunitarias, que hicieron posible que una televisora mostrara a la gente que hace la programación, la gente del barrio, y que la gente se viera a sí misma como el rostro de su comunidad. Eso es lo que yo busco con la fotografía, mostrar la vida que se hace en la ciudad y la gente que la hace, claro”.

La búsqueda de Daniel es la estética de lo real.

“Yo busco la construcción de la estética popular y revolucionaria desde lo que es popular y revolucionario originalmente, y no al revés, no construir lo popular desde una estética prefabricada o construida artificialmente. Porque revolucionario es el rostro real de la gente. Estamos en un mundo que mediáticamente se olvida de la gente, que si van a hacer una foto del bloque 11 de las lomas de Urdaneta, primero van y maquillan el bloque para mostrarlo bonito, buscan el tipo más bien parecido y a la muchacha más bonita del bloque y la fotografían. Eso no es genuino, lo genuino somos todos, lo genuino es lo que realmente sucede, mostrar eso es lo revolucionario.

Caracas tiene unos espacios maravillosos que laten entre lo moderno y lo posmoderno, pero por más que aplanaron todo lo que quedó de la Caracas decimonónica y sembraron cemento, concreto, torres por todos lados, eso solo cambió lo arquitectónico, porque nuestra identidad yo creo que sigue siendo la misma. Claro, mi madre viene de Yaracuy, y así es mucha otra gente que tiene sus orígenes en otros lados. Yo creo que en Caracas, a menos que tú hables con un mantuano, las generaciones de gente caraqueña-caraqueña, que nació aquí, creció aquí, son en su mayoría todavía muy jóvenes”.

“Me siento orgulloso de ser caraqueño y estoy enamorado de Caracas”

Daniel se sabe los nombres de las principales esquinas, calles, avenidas y negocios de gran parte de la ciudad. Se le escapan las periferias porque viviendo en el centro no es mucho lo que necesita desplazarse para conseguir todo cuanto necesita, incluso para los caprichos de la fotografía: “El Templo de la Fotografía queda en El Marqués, se llama Dave and Joseph, esos son un par de judíos. También está Fotomatón en Altamira, Fotorrelámpago, Fotofix en Chacaíto, en el centro comercial, al lado de El Coco”.

Desde el año 2015 participa en una serie de recorridos llamados *La cayapa fotográfica*: “Es un evento bien chévere que organiza el CNAC. Orlando Monteleone convocó a la gente que tenga cualquier tipo de cámara, no importa cuál es el equipo, hay hasta gente que toma las fotos con el celular, lo importante es que todos caminamos zonas como Catia, como La Pastora, documentando la ciudad como no la documenta la imagen comercial de las postales. En La Pastora está pasando algo muy interesante: en la casa Robert Serra se está convocando a la gente a llevar sus álbumes viejos para escanear fotos y formar una memoria histórica de la zona”.

“En las cayapas ocurren cosas insólitas. Una vez en un recorrido que hicimos por El Calvario había una gente que no sabía lo que era ese lugar, nunca había ido, y no te hablo de gente del este, sino gente de acá del centro, de la parroquia Catedral, de Santa Teresa. Creían que El Calvario era un cerro lleno de malandros. Eso también me gusta de la fotografía: para realizarla tenemos que ponernos muy en contacto con la ciudad”.



María Antonieta Peña. A la tercera le cantó a Chávez

“Llegué a Caracas por ilusa”, dice Antonieta entre risas e inmediatamente se arrepiente de insinuar el desengaño. “No, mentira, llegué a Caracas porque sentía que en Mérida las oportunidades profesionales eran muy reducidas, y mi primera opción era Caracas”.

Ambas versiones son falsas. Conforme cuenta la historia de su venida a Caracas, de sus múltiples amagos de conocer al comandante Hugo Chávez, y de todas las peripecias que ha tenido que hacer para poder cantar la canción necesaria y no ser dilapidada en el intento por sus empleadores, revela que la voz amable que dijo: “¡Sigamos juntos!” no es la voz de una mujer desencantada que se considera ilusa por haber soñado con vivir de la música, ni la de una de tantas cantantes que vende el espíritu por la fama y la fortuna, sino la de una luchadora como muchas caraqueñas del interior, que adoptan el gentilicio luego de todo el tiempo y los traspies que cualquier persona dispuesta a nutrir y nutrirse de esta ciudad ha tenido que dar alguna vez.

Como fue el sueño de tantísimas voces revolucionarias, Antonieta le cantó a Hugo Chávez en persona. Pero no se apresure usted a pensar que fue un camino fácil lleno de todos los clichés que nos venden las historias de la cultura pop: lo que viene a continuación es una historia real.

En el año 2009, con 25 años, María Antonieta Peña era una extraña celebridad en la ciudad de Mérida. Con trabajo consolidado en emisorias de radios locales, y aún siendo recordada por muchísimos por su protagonismo en la serie de televisión “Los últimos”, más de uno se quedaba extrañado al ver sus ojos grandes y oscuros revisar los informes médicos de los pacientes del Hospital Universitario de la Universidad de Los Andes. Antonieta es, sépalo usted, una enfermera de la República.

Enamorada de la enfermería y apasionada por el canto y la actuación, decidió hacerlo todo al mismo tiempo. Entre clases de canto e incursiones breves en el mundo artístico, se hizo de un puñado de amistades que reconocerían en ella el talento que por sí misma no se atrevería a explotar sin que antes le dieran un enérgico empujón. Quizá por un asunto ideológico y de rechazo a cómo se mueven las mafias del entretenimiento, fueron pocos los esfuerzos de Antonieta por figurar de forma significativa en los escenarios, pero el empujón necesario no tardaría en llegar, y acompañado de una sorpresa adicional: la Revolución necesitaba de su ayuda.

“En los preparatorios para la campaña de la reforma constitucional por el “sí” me contactaron para realizar junto a Nascuy Linares y Carlos Díaz la grabación de un tema llamado *Sigamos juntos*. Yo atendí la llamada y la oferta me emocionó, pero a los dos días había que entregar la canción, no era nada fácil la tarea porque, además, lo que teníamos era solamente una letra, nada de música. Como pudimos hicimos una primera muestra y la enviaron a Caracas. No les gustó. Pero había que resolver, así que en una noche se grabó una segunda opción, se envió y les gustó, ese es el tema que existe hoy en día y que acompañó la campaña de ese entonces”.

No debería caber, en los términos de una Revolución que evita imitar los estándares del éxito y la masiva explotación de los recursos artísticos, decir que el tema *Sigamos juntos* fue un *boom*, pero sí lo fue. Poco tiempo después de lanzada a la calle la canción, ya la gente se preguntaba qué rostro tenía la voccecita dulce que nos invitaba a elegir el porvenir en nombre de la Patria. El grupo que para ese entonces figuraba como directiva del Teatro Teresa Carreño, interesado en el tema y la mujer misteriosa que lo cantaba, comenzó a realizar llamadas para rastrear al equipo productor de la canción, y a su cantante y, finalmente, a través de un viejo profesor de canto que la escuchó y reconoció el particular timbre de voz, dieron con su nombre: María Antonieta Peña.

“Me hicieron la propuesta de venir a trabajar acá en Caracas, pero yo no les presté mucha atención. Luego me invitaron a hacer un concierto y la idea sí me gustó, pero yo no tenía ensamble ni nada,

yo era solo una estudiante de Enfermería en la ULA que le limpiaba el culo a los pacientes soñando con la hora de la graduación”, cuenta.

Primer casi encuentro con Chávez

Fueron muchas las veces que Antonieta dejó ir el avión que la traería a Caracas. Ya les conté que le hace falta un empujón para tomar las decisiones más cruciales de su vida. Además, no era fácil lidiar con el hecho de encontrarse de pronto convertida en el centro de atención de los medios culturales caraqueños, viviendo en Mérida. “Querían entrevistas, querían saber quién era la chama que cantaba esa canción, me mandaban los pasajes y yo era una niñita todavía, no podía decir que sí, no sabía decir que no”.

Un día llegó una invitación para venir a cantar en una tarima en la avenida Bolívar, acompañando al comandante Chávez. Toña –como la llaman familiarmente– dijo que sí, y se montó en su avión con todo y equipaje: una cartera en la que llevaba un vestido, un desodorante y su monedero.

“Llegué a Maiquetía y me monté en un mototaxi que me dejó cerca de la avenida Bolívar. Yo no sabía cuándo me devolvía, pero Chávez iba a estar ahí, yo lo iba a conocer y eso era todo lo que yo necesitaba saber”. El presidente Chávez no pudo llegar aquella vez al evento, y Antonieta fue enviada de regreso a su casa llevando en su cartera un vestido, un desodorante, un monedero y el recuerdo de la primera vez que casi conoció al presidente. Sí, la primera, porque hubo más.

La gala inaugural del Mercosur

Pero desde esa vez las ofertas no dejaron de llegar. La más atractiva, la del empujón, fue para venir a cantar en la apertura de una serie de jornadas del Mercosur, en el Teatro Teresa Carreño. El reto en esa ocasión era armar un pequeño ensamble en menos de quince días: “Mi mamá me armaba líos terribles porque yo estaba trabajando, y mi horario solo me permitía ensayar ya entrada la noche y mi mamá creía que yo estaba convirtiéndome en una mujer de la calle”.

Nascuy Linares, el compositor de *Sigamos juntos*, era la columna vertebral del tema y del recital. Le tocaba llegar el mismo día del

concierto, en un avión que salía muy temprano de la ciudad de Mérida, y el cual perdió. El concierto era a las tres de la tarde, los organizadores del evento comenzaron a contactar músicos que pudieran sustituir a Linares, y Antonieta contaba los minutos sintiendo cómo el estómago le bailaba al ritmo de la canción que cantaría más tarde, hecha un manojo de nervios.

Un guitarrista llamado Félix Calatayud respondió al llamado de emergencia para montar el tema... a la una de la tarde. “Yo no sé dónde estaba ese señor antes de eso, pero creo que arreglándole el motor al carro porque el hombre llegó escoñetado, con la guitarra colgando de un lado, muy agitado”. Anotaron los acordes a las dos de la tarde y Antonia, que es muy creyente, se encomendó a todos los santicos merideños, esperando que nada saliera mal, otra vez.

Comienza la gala y todo el caos de más temprano es disfrazado de sorpresa: “¡El guitarrista invitado de hoy, Félix Calatayud!”, y la gente aplaudía mientras Toña sentía las rodillas hormiguarle amenazando un desplome monumental. Pero todo a partir de ahí fluyó naturalmente, como fluyen las cosas de quien hace lo que ama. Cantó *Sigamos juntos*, y luego otros temas más, de Alí Primera y otras canciones populares. Llevaba un vestido de flores en colores claros.

Las sorpresas posteriores fueron de otra naturaleza más motivadora. Al terminar de cantar, Toña es informada de que Lilia Vera, una de sus cantoras venezolanas más admiradas, había estado en el público, escuchándola, y solicitaba verla para darle su felicitación. Minutos antes, el repertorio interpretado por la chica del manojo de nervios y su improvisado guitarrista incluyó *Montilla*, una canción del folklore venezolano que años atrás también fuera interpretada por Vera: “Yo salí del concierto con dolor de estómago a conocer a Lilia Vera, y fue una experiencia sobrecogedora. En el público también estaba un muchacho que para aquel entonces era mi novio, que era muy escuálido y que estaba ahí echando chispas. Pocos días antes él me había insinuado que yo debía escoger entre nuestra relación y mis deseos de desarrollarme como cantante”.

Luego de aquel recital la muchacha de 25 años regresó a Mérida a terminar todo lo relacionado con su graduación. A la firma del acto fue con el mismo vestido de flores.

Ante la duda, Dudamel

“Desde que me gradué me hice la pendeja. No contestaba el teléfono y conseguí un trabajo en Mérida como instrumentista de traumatología y cirugía de columna. Finalmente un día, yo estaba en el Hospital Universitario de Los Andes y me llamaron para ofrecerme cosas, trabajo fijo, y que viniera a hablar a la gerencia del Teatro Teresa Carreño. Eso coincidía con que había un concierto de Dudamel, que dirigía *Carmen* en ópera, y yo me traje a mi papá conmigo a que lo viera”.

Para los efectos de la gerencia del TTC, el señor Adelmo, papá de Antonieta que apenas venía con la ilusión de ver a Dudamel, había venido en representación de su hija, “... y mi papá con su maletincito, inocente de todo tenía un solo pantalón, el que llevaba puesto”.

La cosa se prolongó. Hubo grabaciones para TVES en las que Toña fue presentadora. Estuvieron más de cuatro días sin que el señor Adelmo se pudiera cambiar los pantalones. Tras aquellas conversaciones con la gente del TTC, la cantora llegó a Mérida avisándole al resto de su familia que se venía a Caracas. “Fue muy rápido, las circunstancias me llevaron a venirme, no fue una decisión completamente mía, solo tomé la oportunidad. Llegué sola, sin saber si la gente que me llamaba era traficante de órganos o si me podía ir mal. Esa vez me di cuenta de que era más fácil que a uno lo recibieran en un aeropuerto a que lo despidieran, porque aquello era una lloradera. Había vivido toda la vida con mi familia y ya no sería más así. Ver a mi papá llorar fue descorazonador. La gente alrededor pensaría que yo iba secuestrada en el avión, por mi lloradera de todo el viaje”. Una actriz puede fingir llorar, pero no puede fingir no hacerlo.

El tema de la vivienda

La oferta del TTC fue contratar a Antonieta como cantante, como talento contratado y presentadora de televisión. Le aseguraron vivienda y condiciones cómodas de trabajo, lo que no impidió que pronto se diera cuenta de cuán difícil es venir a Caracas cuando no se hace en condición de propietario: “Con el asunto de la vivienda empezó el viacrucis. Llegué a un apartamento en La Florida que estaba alquilado por el TTC, donde vivían puras bailarinas del teatro y ahí me echaron a mí, en la habitación de servicio, un espacio donde

cabía una cama individual, una peinadora y yo. Luego me compré una cama matrimonial y entonces solo cabíamos la cama y yo. El clóset estaba fuera de la habitación. El apartamento tenía dos pisos, era muy viejo, tenía lámparas de lágrimas de cristal y vivía con nosotras un murciélago al que llamábamos Igor”.

Solo había agua dos veces al día por períodos de quince minutos en aquel viejo edificio, y cuando llegaba, si no había nadie en el apartamento para solventar la situación, un escape en la lavadora inundaba el apartamento, comenzando por la habitación de Toña. Más o menos de eso están llenas las historias de la gente que viene a vivir a Caracas en habitaciones de alquiler. Para más colmo, cuando la dueña decidió que quería su apartamento, los maltratos y medidas de presión fueron terribles para que las muchachas desalojaran. En eso también consiste la vida del residenciado caraqueño.

“Empecé a verme en la situación de moverme sola a buscar unas pasantías en radio. Quería que fuera un circuito nacional y me puse a buscar el que fuera menos opositor para que no me molestaran, porque mi idea era poder continuar siendo imagen y voz de la Revolución. Hice el curso de locución en la UCV y entré a FM Center”.

En enero de 2010 intervinieron el TTC, cambiaron la directiva, la nómina y allá adentro. El salario que Antonieta percibía por su trabajo en FM Center correspondía a menos del 25% que pagaba el TTC. Dadas aquellas circunstancias fue necesaria una nueva mudanza: “Un amigo me ofreció irme a vivir a su apartamento y luego de algún tiempo tuve que tomar esa opción”. Las mudanzas también son hechos cotidianos para la gente que se viene a la ciudad.

Describiendo la ciudad

“En Caracas son muy distintas las costumbres de la gente en relación a quienes venimos del interior, la dinámica de la calle es radicalmente más agitada. Cuando llegué yo sabía que era difícil y que tenía que guerrear, cualquier cosa que pasaba era un reto a superar, pero cosas como el tema habitacional es complejo porque si trabajas lejos de donde vives se te complica la vida, puedes no lograr los objetivos o tienes que sacrificar muchas cosas. Descubrí que muchas mujeres terminaban viviendo con parejas con las que realmente no querían estar solo por resolver el asunto de la vivienda”.

Tras otra mudanza vivió en Parque Central un año: “Demasiada gente junta. En los sótanos de Parque Central había desde marqueteterías hasta prostíbulos. Encontrabas desde gente haciendo parrilla en esos sótanos hasta gente robando carros. Yo trabajaba muy temprano y salía a las seis de la mañana. Una de esas mañanas encontré el rastro de sangre de alguien que recién había tenido quién sabe qué tipo de accidente. De ahí me mudé a Sebucán, aquello era insostenible para mí, que venía de una ciudad tan tranquila”.

“Cuando vivía en Sebucán ya trabajaba en Concreta como narradora de noticias. El trayecto implicaba tomar tres medios de transporte de ida y tres de vuelta. Pronto aprendí que los mototaxistas eran mis mejores amigos. Luego busqué mudarme más cerca de la radio. Era peludo conseguir un espacio, pero era muchísimo más fácil que ahorita, así que me mudé a Terrazas del Club Hípico. Con mi sueldo en 2011 podía pagar una habitación ahí. Actualmente es imposible. El obstáculo más grande de alguien que quiere venir a vivir a Caracas es la vivienda, hay mucha usura, mucha gente avara que quiere lucrarse a costilla ajena. Actualmente un alquiler puede costar diez salarios mínimos. Una habitación promedio, en buenas condiciones, supera el valor de un salario mínimo”.

“Una cosa esencial en Caracas es el Metro, no existe Caracas sin Metro. El Metro es la aorta de Caracas: sin él nos morimos todos. El transporte público es un vacilón, la gente se comporta diferente cuando está en un autobús cualquiera que cuando está en un Metrobús o un BusCaracas. En el Metro hay de todo, sobre todo artistas. Cada persona quiere tener su espacio, unos escuchan música, otros se van a pedir, otros rapean. Hacer un viaje en Metro es enterarte de muchísimas cosas, eso también es novedad cuando uno viene del interior, porque la diversidad que hay aquí no la hay en todas partes”.

“Los conductores en Caracas son unos personajes todos, pero se subdividen: los de carros y los de moto. Cuando vas en carro quieres aplastar a los motorizados, y cuando vas en moto quieres que pongan presos a todos los que van en carro”.

“Caracas ofrece muchas oportunidades, pero pasa algo que uno va como entendiendo con el tiempo: hay gente que se fastidia y se va, o se regresa al lugar de donde vino, porque no entiende o porque se agota de la lucha que representa vivir en Caracas, estos ritmos volados y toda

la paranoia. Cuando yo llegué no le paraba a quien iba al lado en el bus, pero cuando vienes del interior los mismos caraqueños te bombardean con su paranoia y tú comienzas a adoptar esa misma conducta. Ese estar demasiado atento todo el tiempo de quienes están a tu alrededor es un factor de agotamiento, por eso mucha gente se va. No porque le hayan pasado cosas malas, sino porque se cansa de estar pendiente de esa desgracia posible”.

¿Es Caracas tan peligrosa como la pintan?

“No estoy segura de eso. Después de mucho tiempo moviéndome por el este, viviendo en la paranoia, me doy cuenta de que Caracas, con toda su hostilidad, es una ciudad malquerida y maltratada porque mucha de la gente que la habita no es caraqueña. La gente viene para expandirse y si no lo logra se va, entonces no hay un sentido de pertenencia, es tomada como una ciudad de paso. Mucha gente que se va del país, o se regresa al estado de donde vino habla de todo el peligro de Caracas sin que le haya pasado nada, o exagerando la cosa, o incluso sin haberla conocido por completo”.

“Lo que pasa también es que en Caracas la gente anda muy estresada. Pero ese estrés no viene de la nada, el estrés en Caracas empieza desde que rompes la primera regla a la primera hora del día y la gente a tu alrededor, molesta por tu infracción te transmite su arrechera. Es una arrechera que se acumula por el resto del día. Yo entiendo que la gente vive estresada porque todos hacemos lo que nos da la gana y abusamos los unos de los otros, ahí comienza el ciclo de arrechera y de estrés”.

“Una vez conocí a una persona que era caraqueña, hijo de caraqueños y nieto de caraqueños. Esa familia ha sido la única familia que me ha hablado con amor sincero de Caracas. Ese es el asunto: en Caracas la gente no se da la oportunidad de conocer bien su ciudad”.

Siendo cantante, ¿cómo ves la parte cultural de la ciudad?

“La cultura en Caracas está garantizada para todo el mundo, pero es diferente la cultura que se genera en el municipio Libertador que en el resto de la ciudad. En el este hay muchísimos teatros privados que le hacen muchísima publicidad a sus obras y que,

aunque son carísimos, la gente del este prefiere ir a pagar por ver una obra frívola patrocinada por empresas privadas que venir a ver otro tipo de contenidos más interesantes o nutritivos por un precio casi simbólico acá en el centro”.

“Sin embargo, la brecha entre el este y el oeste se ha ido rompiendo porque tanto festival cultural ha hecho que los jóvenes se acerquen al centro y descubran lo bonito y caminable que es. Cuando yo llegué a Caracas no estaba tan arreglada, y aún así me encontré muchas bellezas. Recuerdo las rutas nocturnas: un concierto, un gentío, unos DJ con unas luces increíbles frente al Capitolio hacían que mis amigos del este, sifrinísimos, vinieran al centro y se sintieran en Europa. No sé qué es lo que no hemos hecho para que ya la gente termine de romper esa línea divisoria entre el este y el oeste, pero antes el límite era el TTC, y ahora muchos se llegan más acá”.

Segundo casi encuentro con Chávez

Por necesidad económica, la vida de artista de Antonieta Peña prácticamente se anuló durante un tiempo. Comenzó como redactora de la página web de la radio FM Center, inició un postgrado para especializarse en su carrera como enfermera... No había ni canto, ni esperanza alguna de conocer a Chávez. “Así tú tengas la carrera que tengas en el interior del país, cuando llegas a Caracas llegas desde cero. Yo era farándula en Mérida. Aquí, nada. Aproveché para grabar muchísimos textos gratis para que mi voz se escuchara. También me ponían a hacer tareas más tediosas, como organizar archivos que desde años atrás estaban sin clasificarse. Yo lo hacía tranquila por dos razones: porque nadie me iba a forzar a renunciar a mi empleo, y porque pronto descubrí que a través de esos archivos podía conocer cómo eran los contratos de los locutores y qué podía pedir yo cuando me llegara el momento a mí”.

En la sala de prensa, a su lado, trabajaba la corresponsal de CNN en español en Caracas. “Era un lince y me pilló”, cuenta Antonieta. Aunque en los medios de derecha poco es lo que se sabe sobre los contenidos producidos por los medios de la Revolución, la corresponsal pronto se dio cuenta de que quien trabajaba a su lado era la intérprete de *Sigamos Juntos*, y así comenzó el rumor de que María Antonieta

Peña, la muchacha que organizaba los archivos, era una espía del Gobierno, infiltrada en FM Center.

“En varias ocasiones me llevaron a una salita de reuniones a interrogarme: ¿cuáles son tus objetivos aquí?, ¿por qué escogiste esta radio?, ¿por qué no trabajas en otra cosa?, y yo respondía siempre con la verdad y la cara ligera. Poco tiempo después me hice un esguince y estuve varias semanas de reposo. Durante ese tiempo tuvieron chance de averiguarme la vida y cuando regresé la cosa estaba peor: decían que yo llevaba y traía información. La cosa estuvo tensa por un tiempo y luego se relajaron, dejaron de considerarme peligrosa. Yo quería salir al aire y tanto di que me dejaron hacer los avances informativos”.

Sin embargo, peligrosa o no, si algo era obvio era que les parecía mejor que la presunta espía no estuviera ahí. Un periodista que había salido de RCTV un día le dijo: “Chama, ¿qué haces tú aquí?, deberías estar cantando”. Poco después, Antonieta fue invitada a cantarle a Bolívar, el 17 de diciembre de 2010, en el Panteón Nacional. Chávez iba a estar ahí. Antonieta no faltaría a ese evento.

Nuevamente la apretada agenda del comandante Chávez le impidió llegar al recital donde Antonieta Peña le cantaría a uno de sus personajes históricos más admirados. Aquella vez, en un acto a puerta cerrada, sin medios de comunicación, canté ante Cilia Flores, Nicolás Maduro y todo el gabinete, pero sin Chávez.

... Y la vencida

En diciembre de 2011 volvieron a llamarla para ir al acto del 17 de diciembre en honor a Bolívar, otra vez en el Panteón Nacional, con Sandino Primera y Campesinos Rap. “Me busqué un guitarrista buenísimo, Héctor Molina, y para variar nos vimos el mismo día para cuadrar los tonos. Era un sábado en la mañana. Avisé en la radio que me invitaron a cantar en el Panteón y como primera reacción me pidieron que me negara, pero al final se dieron cuenta de que yo de igual manera iba a asistir, y relajaron la postura”.

El 17 de diciembre de 2011, Antonieta Peña entró al Panteón por la puerta principal. No vio a Chávez, pero algo en la forma como se estaban desarrollando las cosas allá adentro le hizo saber que el comandante llegaría esta vez. “Era impresionante cómo se movía todo, era muy rígido y organizado. A Chávez le gustaban las cosas

bien hechas. Sandino y yo comenzamos a cantar *Sangueo para el regreso* y entró Chávez a mitad de la canción. A su lado estaban Tarek William y un ministro que no recuerdo. Lo vi y me pareció muy grande. Venía por el pasillo central y se fue a su puesto. No había mucho acceso a donde estaba Chávez, pero él se puso del lado izquierdo del Panteón, donde estaba el gabinete ministerial, y mientras cantábamos se volteó hacia nosotros, nos miró, comentó algo a quienes estaban alrededor y de pronto caminó hacia nosotros. Detrás de él se venía también toda la gente y todas las cámaras”.

“Me saludó de besito. Lamenté no agarrarlo y hablarle de cerquita sobre cualquier cosa, yo me quedé inmóvil. Él quizá no era tan grande, pero tenía una energía envolvente. Luego de varios encuentros fallidos, conocer a Chávez me dejó muda. ‘¿Quién eres tú, muchachita?’, y apenas le respondí. Todo ocurrió tan rápido que no pude, como hubiera querido, agarrarlo por la corbata y decirle: ‘¡Mira, vamos a conversar!’”.

Para aquellas fechas, al presidente Hugo Chávez ya se le notaban rasgos de su enfermedad, pero el carisma estaba intacto. Antonieta comprobó lo que la gente decía: Chávez tenía una energía envolvente, inexplicable: “Tiempo atrás, la corresponsal de CNN en español, María Carolina González, incluso en su escualidez, odiando a Chávez, llamándolo zambo de mierda, despreciándolo, una vez tuvo la oportunidad de entrevistarle y quedó envuelta por su encanto a grado tal que publicó en todas partes sus fotos sonriendo juntos. Ese encanto que envolvía a cualquier persona yo doy fe de que era cierto. Chávez era una fuerza sobrenatural. Nació con una estrella arriba de la cabeza y un propósito. Su energía no era algo que se adquiere o que se estudia, era algo que venía con él”.

El día del sol rojo

“El 5 de marzo de 2013 yo vivía en Sabana Grande. Tenía que cruzar la Prados del Este para trabajar en Concreta. Hacía días se rumoraba que Chávez estaba muy mal. El día que llegó Chávez, el 18 de febrero, fue un día de júbilo porque se decía mucho, había noticias de Chávez. Pensé que ahora todo el mundo se iba a tener que callar luego de pronosticar tanta miseria. Y tenía la esperanza de volver a verlo, de hablar con él y cerrar la inquietud que me quedó el día del Panteón cuando fui incapaz de buscarle conversación”.

“Pero luego de ese 18 no pasó más nada. Entre la incertidumbre y la duda seguía contenta de que se dijera que estaría bien. Todo un silencioso alboroto social comenzaba a formarse en el marco del terrible estado de salud de Chávez. Como narradora, en la radio me pusieron a grabar lo que llamaban “La Caja Negra”, una sección en la que se narra la biografía de Chávez, para tenerla lista para la transmisión en caso de que el presidente falleciera. Aquello fue mucho antes del 5 de marzo, no quería hacerlo, pero me dijeron que debía. Para hacerlo puse la condición de también grabar la de Simón Díaz”.

El 5 de marzo fue un día distinto a todos, desde el principio. Antonieta se despertó temprano, como era habitual que hiciera para poder llegar a su primera jornada de noticias en la radio. “Iba por la entrada de la autopista de Prados del Este cuando vi que el sol que salía por detrás del CCTT era distinto al que había visto cualquier otra mañana: era un sol grandísimo, rojo, como un sol de los venados”.

A media mañana le informaron a Antonieta sobre el despliegue de un operativo especial de información. Aparentemente el estado de salud del presidente Chávez estaba agravándose. “Me dijeron que estaríamos acuartelados. Si el operativo especial era necesario, yo sería el ancla”.

“Poco después del mediodía fue la primera cadena. Fuera del Centro Comercial Concreta, donde se encontraba la radio, caía un palo de agua como no se había visto en mucho tiempo. Algo en el ambiente de aquel día decía desde el principio que no era como cualquier otro día. En la primera cadena Ernesto Villegas hablaba de la delicada salud del comandante Chávez. A su alrededor las caras largas de muchos gobernadores del interior me comenzaron a preocupar”.

Luego la segunda cadena, un nuevo anuncio. Y finalmente, pasadas las cuatro y media de la tarde, Nicolás Maduro anuncia que Chávez había muerto, con la voz quebrada: “No sé si fue dentro del circuito radial, o si fue el país el que gritó, o si fue mi grito el que escuché. Yo no me lo esperaba, uno siempre conservó el optimismo de que Chávez siempre volvía. Era algo de verlo como un héroe, él siempre volvía”.

“Comenzaba el operativo. Todos ahí sabían que yo era chavista y quién sabe por qué estaba decidido que fuera yo la que narrara, en ese momento tan duro para mí. Me encerré en el baño a llorar desconsola-

damente. Tenía una situación muy dura que asumir ante todo el país y no podía hacerlo llorando. Le pedí al mismo Chávez que me ayudara a hacer mi tarea de aquella tarde y salí a la cabina de la radio a empezar el operativo. Aquello duró varios días y yo fui el ancla”.

Cuando a Chávez lo trasladaron para el Cuartel de la Montaña volvieron a exigirle a Antonieta que asumiera la voz del operativo. “Yo quería ir a la marcha, así que me negué. Me prohibieron irme y renuncié”.

¿Ese día también estaba el sol anaranjado?

No. El sol anaranjado solo volví a verlo el 14 de abril de 2013, cuando al toque de diana me levanté a votar. Ese día, cuando yo vi ese sol, dije: Ganamos.



Índice

Introducción	13
Carlos Sánchez, creador en las veredas de Catia	17
Pablo José Acosta Ríos, la humilde despedida del soldado	23
Zhandra Flores Esteves, una profe con conciencia de clases	29
El Limonero de San Pablo	39
El entierro de la calle Baruta	43
Las sequías, la calina y la Semana Santa más larga de la historia	45
2006, Caracas es tomada por los jóvenes	49
Amaranto, pira o bledo: la yerba de los caracas	53
Etanis González y el reto de la casa de las muñecas	57
Dos recuerdos de Totoño	61
Daniel Sánchez Martínez. La cámara, el pincel; Caracas, la modelo	65
María Antonieta Peña. A la tercera le cantó a Chávez	71

Caracas Pueblo
edición digital
Fundación Editorial El perro y la rana
agosto de 2021



200
BATALLA DE
CARABOBO



Caracas Pueblo

Según palabras de la autora este libro “es un humilde amasijo de historias sobre lugares, personas, costumbres y curiosidades pequeñas que de no registrarse quedarían enterradas bajo los escombros de la próxima demolición”. Se refiere a crónicas sobre lugares, personas, costumbres y curiosidades que en conjunto comportan una mirada entre las tantas posibles de captar en la ciudad capital, mirada esta que busca la identidad de un territorio habitado por la vertiginosa superposición de identidades diversas, que según el criterio de algunos deviene en una no identidad. No obstante, el crecimiento improvisado y siempre violento de esta urbe moldeada a palos, no logra sepultar la pulsión vital de sus habitantes, todo lo contrario, por los remiendos y retazos de zonas coloniales junto a complejos de arquitectura “moderna” se escurre la memoria y cotidianidad que definen el lado más pueblo de Caracas.

MALÚ RENGIFO (Caracas, 1986)

Escritora y artista popular. Realizó estudios de Comunicación Social en la Universidad Central de Venezuela, es autora de la columna “Recetario del Pelabola”, publicada en la revista *Épale CCS*, y colaboradora en el diario *Correo del Orinoco* con la columna “La Canalla Mediática”, por la cual le fue otorgado el Premio Aníbal Nazoa de Periodismo en el año 2014.